

# RATONES KNOCKOUT

CLAUDIA SÁNCHEZ ROD





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctor en Ciencias Computacionales

**José Raymundo Marcial Romero**

*Secretario de Docencia*

Doctora en Ciencias Sociales

**Martha Patricia Zarza Delgado**

*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Ciencias de la Educación

**Marco Aurelio Cienfuegos Terrón**

*Secretario de Rectoría*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Luja**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Ciencias del Agua

**Francisco Zepeda Mondragón**

*Secretario de Extensión y Vinculación*

Doctor en Educación

**Octavio Crisóforo Bernal Ramos**

*Secretario de Finanzas*

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

**Eréndira Fierro Moreno**

*Secretaria de Administración*

Doctora en Ciencias Administrativas

**María Esther Aurora Contreras Lara Vega**

*Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional*

Doctora en Derecho

**Luz María Consuelo Jaimes Legorreta**

*Abogada General*

Maestra en Salud Animal

**Trinidad Beltrán León**

*Secretaria Técnica de la Rectoría*

Licenciada en Comunicación

**Ginarely Valencia Alcántara**

*Directora General de Comunicación Universitaria*

Doctor en Ciencias Sociales

**Luis Raúl Ortiz Ramírez**

*Director de Centros Universitarios y  
Unidades Académicas Profesionales Región A  
y Encargado del Despacho Región B*





# Ratones knockout

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Luja**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración

**Jorge Eduardo Robles Alvarez**

*Director de Publicaciones Universitarias*

**21° Premio Internacional de Narrativa  
“Ignacio Manuel Altamirano” 2024**

*Jurado*

Cristina Liceaga, México

Luis Jorge Boone, México

Alberto Chimal, México

**Comité organizador**

María de las Mercedes Portilla Luja

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

CLAUDIA SÁNCHEZ ROD

# RATONES KNOCKOUT



Universidad Autónoma del Estado de México

*"2024, Conmemoración del 60 Aniversario de la Inauguración de Ciudad Universitaria"*

Sánchez Rod, Claudia, 1972-  
Ratones knockout / Claudia Sánchez  
1ª ed.

Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2024.  
131 p. ; 23 cm.

Nota: 21º Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano"- 2024

ISBN: 978-607-633-903-9

1. Narrativa.

**PQ7298.429.A65 R37 2024**

Primera edición, agosto 2024

*Ratones knockout*

Claudia Sánchez Rod

Universidad Autónoma del Estado de México  
Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro  
Toluca, Estado de México  
C.P. 50000  
Tel: 722 481 1800  
<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt):  
1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-903-9

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las  
personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez  
Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras  
Coordinación de diseño: Luis Maldonado Barraza  
Corrección de estilo: Ma del Socorro Zepeda  
Diseño y formación: Eva Laura Rojas Almazán  
Diseño de portada: Hugo Tristán Soto Dávila





*A mi madre y a mis hermanas  
A David, Eduardo y Anik*



## CONTENIDO

Presentación	11
Cera perdida	13
Luz comestible	29
Pájaros en tu nombre	51
Su boca olía despacito a menta	75
Amarre de amor	91
Mar vacío	115



## PRESENTACIÓN

Uno de los aspectos esenciales en la formación de las y los universitarios es la promoción de la cultura y las artes, ya que coadyuva a desarrollar una conciencia social sensible, y con mayor apertura, a apreciar las manifestaciones del talento humano. Por ello, para la Universidad Autónoma del Estado de México promover la lectura como un hábito formativo a la vez que recreativo, así como incentivar la creación artística, son actividades relevantes.

De conformidad con lo anterior, esta máxima casa de estudios estableció hace más de dos décadas el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, certamen que lleva el nombre del autor de obras como *Cuentos de invierno*, *Navidad en las montañas* y *El Zarco*, consideradas un parteaguas en la literatura mexicana.

En esta vigesimoprimera edición, se registraron 512 trabajos, procedentes de 24 países. El jurado estuvo integrado por reconocidas personalidades del ámbito literario como: Cristina Liceaga, Luis Jorge Boone y Alberto Chimal, quienes otorgaron el premio al libro de cuentos *Ratones knockout*, de la escritora mexicana Claudia Sánchez Rod.

La escritura y la literatura están llenas de aquello que nos hace más humanos, y son consideradas como un valor primordial. Por ello, la Universidad Autónoma del Estado de México se congratula al presentar este libro. Seguramente el lector encontrará entre las tintas de esta obra, entre su sentido y el azar de los arcanos, la materia de los sueños y la posibilidad de imaginar y viajar sin escalas, cual ave negra, por las orillas del amor, la desesperación y otras manifestaciones propias del ser humano.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

**LUZ  
COMESTIBLE**





**MI PADRE MURIÓ UN JUEVES** por la noche, pero yo no me enteré sino dos días después, cuando llegué a mi casa y encontré a mi mamá vestida de luto. Las cenizas estaban en una urna dorada sobre la repisa del librero, y Román, el gato de mi hermano, dormía justo al lado envuelto en un ovillo. Mi madre no dijo nada, tampoco hizo falta, supe lo que había pasado solo con ver la escena. En cuanto Román me oyó, vino hacia mí y se frotó contra mis pies. El olor de las azucenas marchitas dinamitó mi corazón, nada más me quedó esa polvareda que se me fue saliendo con la respiración de los meses que siguieron. Bajé los ojos para mirar a Román y descubrí que había perdido mucho pelo del espinazo, su piel rosada tenía unos tramos color fresa, estaba infestada de urticaria. Aunque tuve el impulso de aventarlo con el pie, me contuve para no lastimarlo, y él siguió tallándose contra mí, como previendo un dolor que no tardaría en trasminarse por mis huesos. Quise abrazar a mi madre, pero ella dio media vuelta y se metió a su cuarto. La escuché llorar toda la noche. Su llanto no sonaba a mujer, era más bien como de niña abandonada en una estación de autobuses.

Tan pronto me metí a la cama, empecé a sentir comezón justo donde Román me había pegado su piel enrojecida. Fue rascarme una vez y ya no poder parar, la comezón subió poco a poco hasta mi rodilla y luego llegó a la ingle. El picor se mezclaba con los sollozos de mi madre. Me recosté desnuda en el suelo frío, me tapé la cabeza con la almohada, me puse bocabajo, de lado, me masajé el cuero cabelludo. Dos o tres veces pensé en tocar a su puerta, pero sabía que no iba a abrir. Al final, me vestí y salí a la calle, caminando de puntitas para no hacer ruido.

Pasaban de las doce, me eché a andar sin saber a dónde ir, la luz de las farolas alumbraba apenas la banqueta, doblé por las esquinas al azar, el frío arreciaba y, como solo quedaba un cigarro en mi cajetilla, me dirigí al Seven Eleven de la avenida. En el camino me encontré al Rulos, prácticamente choqué con él en la oscuridad. No me reconoció en un principio, pero cuando dije su nombre se acercó y me abrazó aliviado. Solo entonces me puse a llorar. Y el Rulos me preguntaba cosas que no podía contestar porque el llanto me tenía ahogada. Sin mi padre había quedado condenada a un naufragio en seco, en duro, en terracería. Traté de hundirme en el pecho del Rulos y escapar del presente, pero no pude porque su olor a esmog y a sudor agrio me devolvió de rebote a esa sensación de que yo ya no formaba parte del tiempo que pasaba frente a mí. Di un paso atrás y vi sus rastas decoloradas dibujándose contra la noche, y él se quedó pensando y luego dijo que llevaba dos botellas de brandy en la mochila y que podíamos ir a la banca del parque a beber un rato.

Abrí los ojos y la mañana ya había clareado. Un perro callejero estaba lamiendo la urticaria que había brotado en mi pie, con celo y con tibieza. Entonces me descubrí recostada en la banca del parque. El Rulos dormía sobre los adoquines

húmedos con la boca abierta, roncando suavemente. La gente comenzaba a aparecer, de camino al trabajo. Lo siguiente fue echar a correr de regreso a casa. Nadie volteaba a mirarme y aun así yo percibía con claridad el desprecio del mundo siguiéndome el paso. No quería que ni mi madre ni mi hermano descubrieran que había dormido fuera. Entré sin hacer ruido, pero escuché el rechinar de la puerta de mi hermano y el espanto me dejó inmóvil, solo fue un grito seco que brotó de mis poros y a los pocos segundos apareció Román meneando la cola, con su piel de fresa al aire y su flacura. Lo cargué para que no maullara y entré de puntitas a mi cuarto. Me quité la ropa polvorienta, me metí a la cama y ahí me quedé dos días seguidos, con la esperanza de que todo se desintegrara mientras dormía. Una y otra vez soñé con la urna de mi padre. Soñé que vaciaba las cenizas para reconstruir su cara y hablar con él. Soñé aquella mañana en que fuimos los dos al museo Soumaya y vi la escultura de *La implorante* por primera vez; desde entonces quedé prendada de Camille Claudel y de su brujería de ninfa geológica. Soñé que *La implorante* tenía mi cara, y que se ponía de pie y le gritaba a mi papá que volviera para que pudiéramos despedirnos con un último abrazo.

Cuando supimos que mi padre me había heredado todos sus libros de arte, mi familia guardó silencio, pero en la noche encontré una nota de mi hermano sobre mi cama que decía “no entiendo por qué a ti, si no eres más que una zorra alcohólica”. Además de sus libros, me dejó a Pitusa. Mi mamá me la entregó de mala gana y lo primero que hice fue sacarla de su jaula y limpiarle los restos del detergente en polvo que le había caído encima desde hacía no sé cuánto, estaba un poco desnutrida, me la llevé a mi cuarto y la dejé correr en libertad todo lo que quiso. Con los años, entendí que mi padre tenía la esperanza de que Pitusa me salvara de algo que quizá ni él

comprendía. Tan pronto pude, regresé al taller de fundición a pedir trabajo, necesitaba dinero para mantenerla, había que llevarla al veterinario y comprarle carne, sobre todo; eso es lo que comen los hurones. Pitusa fue un regalo que mi padre recibió de sus alumnos un fin de curso. Una hurón sable tan pequeña que cabía en la palma de su mano. Prácticamente creció en el cajón de su escritorio, ahí tenía un cojín que le servía de cama. Si estaba despierta, se la ponía en el cuello y recorría el taller dando instrucciones a los aprendices. Cuando Pitusa se acostumbró a mi cuarto, el problema fue Román, que se ponía a maullar detrás de la puerta y yo no le abría por miedo a que la contagiara. Un día lo metí a una mochila para llevarlo al doctor, desafortunadamente me crucé con mi hermano en el pasillo y me arrebató al gato. No volví a verlo más, no supe qué demonios hizo con él, pero la urticaria sí se quedó conmigo.

Digamos que las primeras semanas en el taller me ayudaron a sanar algunas heridas. Tomé muy poco alcohol. Solo llevaba una pequeña botella en el morral que me duraba todo el día. Siempre cargaba a Pitusa conmigo. La acostaba en mis piernas y me ponía a recrear en arcilla la escultura que tuviera a mi cargo en ese momento, y ella ni se movía siquiera, se perdía en ese sueño abismal de los hurones. Ya que sacaba el modelo en escayola, salía al jardín para que Pitusa corriera por el pasto mientras yo fumaba. Antes de volver a mi mesa de trabajo, me preparaba un té con un chorrito de tequila y luego seguía con mi molde en silicona y yeso. Esas horas tuvieron claridad propia; imaginaba a mi papá riéndose con sus dientes amarillentos de tanto cigarro y café, sus dedos largos y su voz grave diciendo que el seudomodelo me quedaba cada vez mejor. También pensaba en Camille Claudel y en sus manos sucias de barro en los años de su encierro en el manicomio.

Y en la cara de *La implorante*, porque desde que la vi en el museo supe que en sus rasgos estaba inscrita mi vida y eso me parecía una magia perversa y maravillosa. Claro que yo no imploraba el amor de un hombre como lo hacía Camille, sino un grano de luz en esa tiniebla viscosa que me atrapaba cada tanto, aunque lo mismo daba, porque al final la celda era idéntica: un ruego en el vacío. Hay un número infinito de motivos para convertirse en implorante.

Cada tarde, de vuelta a casa, buscaba algo lindo para comprarle a mi madre. A veces era una suculenta, o unas galletas de mantequilla, o una revista. Al principio tocaba a su puerta, pero nunca abría, así que opté por dejar su regalo en el piso. Un día abrió por fin y me abrazó tan fuerte que casi me hizo daño, sus huesos filosos se apretaron contra los míos; cómo iba yo a saber que esa sería la última vez que estaríamos cerca. Tomó su regalo y cerró la puerta sin decir nada, yo me eché en mi cama y me puse a ojear un libro de escultura en arcilla. Al poco rato, escuché los pasos de mi hermano arrastrarse por el pasillo, una y otra vez. Iba y venía como buscando algo y de pronto hacía pausas justo detrás de mi puerta. Apagué la luz y me metí con Pitusa bajo las cobijas. El picor de la urticaria comenzó a subirme por la pierna.

El microbús iba vacío esa mañana, me senté junto a la puerta y abrí mi libro para leer las cartas que el amante de Camille Claudel le había enviado. Augusto la llamaba “feroz amiga mía”. Y tenía razón, hay gente que nace así, con una ferocidad inagotable en el alma. A mí me daba envidia de Camille, porque yo también quería ser volcánica y atroz como ella, pero cada que daba un paso al frente, un efecto dominó me arrastraba a algún tipo de desastre, a veces minúsculo, a veces descomunal, como la vez que no llegué al velorio de mi padre por estar de fiesta con amigos que ni conocía. Pitusa

se revolvió en mi morral y su dokeo me sacó de mis tontos pensamientos. El dokeo de Pitusa me ponía de buen humor, era como una música cósmica que algún dios despistado enviaba a la Tierra solo para recordarme que también la luz existía; de los escasísimos lujos existenciales que podía darme, además del alcohol, claro, aunque el alcohol era un lujo emponzoñado, lo sé, pero igual me ponía a salvo de lo inmediato. “Ten piedad, malvada”, “siento tu terrible poderío”, “divinidad malhechora”, “esta noche, recorrí (durante horas) sin encontrarte, nuestros lugares, ¡cuán dulce me sería la muerte! ¿Por qué no me esperaste en el taller?”, ¿qué sentiría Camille al leer esas frases tan histriónicas de Augusto?, seguro se le iba el sueño por noches enteras, sabiendo además que él dormía junto a su esposa. El microbús frenó bruscamente y entonces me di cuenta de que mi parada había quedado atrás. Me bajé y corrí al taller para no llegar tarde, ni tiempo tuve de pasar al súper por mi botellita de tequila y eso me hizo estar inquieta todo el día.

Estaba trabajando la figura de un coyote que miraba el horizonte, ya le había retirado el molde de silicona a la pieza de cera y, apenas cogí el cúter para quitarle las rebabas, descubrí en sus ojos un gesto de desolación que me puso ansiosa. Se lo dije a mi compañero de al lado pero no me tomó en serio. Salí al jardín a fumar y ni siquiera me acordé de llevar a Pitusa. La urticaria comenzó a picarme más que de costumbre, me rasqué tanto que me dejé unas manchitas de sangre en los jeans.

Llegué a mi casa y me detuve frente a la puerta, revolví en mi morral buscando la llave con ganas de no encontrarla, me recargué en el quicio y prendí un cigarro. De pronto vi pasar a Román en la acera de enfrente, me atravesé la calzada sin fijarme siquiera en los coches y corrí tras él. Román aparecía

y desaparecía entre la gente, apenas alcancé a ver que se metió por las rejas del portón de una casa y se perdió. Toqué el timbre varias veces. Muchos minutos después salió un señor y me preguntó de mala gana qué quería. Le dije que mi gato se había metido a su casa y me contestó que el único gato que vivía ahí era el suyo, levantó la mano como dando por terminada la conversación, dio media vuelta y me dejó hablando sola. Me eché a andar sin prisa, evitando el camino del parque, aunque sabía que al final iba a terminar ahí y esa certeza amarga me revivía el picor de la puta urticaria, pero esta vez no me rasqué, la dejé hablando sola, igual que hizo conmigo el pendejo que se robó a Román. Ya estaba oscureciendo cuando llegué al parque. Me senté en un columpio y me mecí. Pitusa despertó con el rechinar de la cadena; la saqué para que corriera un rato por el pasto. La urticaria seguía ahí, rozando el timbre de mi puerta, como si fuera una hiedra que trepara hasta mi corazón con sus patas de tarántula, pero no le abrí. El Rulos no tardó en aparecer, ni siquiera tuvimos que buscarnos, fue directamente a mí y se sentó en el columpio de al lado sin saludar, solo cargó a Pitusa y la acarició con una sutileza tan insospechada en alguien como él, que incluso sentí que el mundo se había vuelto un grado menos gris en ese momento. Le conté lo de Román para romper el silencio y dijo que yo estaba en un error porque ese gato vivía ahí desde hacía años, pero me negué a creerle.

Nos echamos a caminar. El Rulos llevaba a Pitusa trepada en el cuello. La noche había caído ya. Entramos al súper y compramos dos botellas del brandy más barato que encontramos, una bolsa jumbo de papas fritas y una cajetilla de cigarros. Cuando llegamos a su casa, el Rulos escondió la basura debajo del tapete y lavó los únicos dos vasos que tenía, luego me dio una cajita de cartón para que metiera a Pitusa.

Más que casa, era un cuarto de azotea en un edificio de cinco pisos, solo tenía un colchón, una cajonera desvencijada, una parrilla y una mesita con dos sillas, pero en el exterior había muchas plantas; además, desde ahí podían verse los techos de las casas vecinas y las luces de los coches que pasaban por la avenida. El Rulos sirvió brandy en los vasos y abrió la bolsa de papas. Desde la muerte de mi padre, me había prometido mantener el alcohol a raya, así que, cuando tomé mi vaso, la idea de una derrota más atravesó mi mente y, para acallarla, apuré el brandy hasta el fondo. Como había luna llena, sacamos las sillas del cuarto y nos pusimos a oír el ruido de la ciudad. El paso de los minutos me hizo sentir mejor, incluso le hablé al Rulos del coyote que estaba trabajando en el taller y eso me entusiasmó. Él, en cambio, me contó una historia muy bizarra sobre un gusano fino y largo como un pelo de cola de caballo, cuyos huevos eclosionaban dentro de los grillos, las mantis y los escarabajos; una vez que maduraban, necesitaban de un ambiente acuático para vivir y reproducirse, así que obligaban al insecto que les servía de refugio a suicidarse tirándose al agua; se llaman gordiáceos, porque son tan largos que pueden enrollarse en un nudo tan imposible como el gordiano. Con tal de que dejara ese tema tan innecesario, le pregunté al Rulos si sabía quién era Camille Claudel y, antes de que contestara, comencé a hablarle de su genio descomunal y de cómo acabó sus días en la fosa común de un manicomio; años después, su familia quiso rescatar sus restos, pero no hubo forma, Camille ya se había disuelto en el universo. Las palabras y los tragos de brandy me fueron reconciliando con esa oscuridad gelatinosa que llevaba dentro, me hundí en ella sin resistencias inútiles y hasta tuve la sensación de que ese era mi lugar real. La luna alcanzó su cenit, el ruido de la ciudad se apagó poco a poco y solo quedó el canto de algún grillo escondido.



Para las dos de la mañana no nos quedaba ni gota de alcohol. Le pedí al Rulos que me acompañara a mi casa. Bajamos las escaleras con dificultad porque no había luz. El Rulos se enredó a Pitusa en el cuello, y ella se dejó hacer toda flojita, confiando mansamente en la bondad de la vida. Salimos a la calle, y cuando el viento me dio en la cara perdí el equilibrio y me caí, eso me puso de mal humor, tuve que agarrarme del brazo del Rulos para continuar; luego él dijo que quizá no era buena idea que llegara a mi casa en ese estado. Aunque sabía que tenía razón, porque mi mamá estaba harta de verme así y yo quería volver a ganarme su cariño, también sabía que si me quedaba en casa del Rulos, era casi seguro que no podría levantarme para ir al taller por la mañana y eso me traería un nuevo desastre que no pensaba permitir; seguimos caminando, pero cuando doblamos en la esquina de mi calle, vi a mi hermano recargado en la puerta, mirando su celular. Comprendí de inmediato que me estaba esperando. Me tapé la boca con las dos manos y me desplomé contra la pared; los latidos del corazón me golpeaban la espalda, como queriendo huir y perderse en la noche. Solo con verme, el Rulos entendió todo. Me tomó de la mano y me jaló de regreso por todas las calles que habíamos andado, sin decir nada.

Antes de llegar a su casa, pasamos al Seven Eleven a comprar más brandy y más cigarros. Subimos las escaleras de los cinco pisos casi a tientas. Saqué de mi morral el celular para poner la alarma del día siguiente y vi que le quedaba un mínimo de batería. El Rulos me preguntó por qué tenía tanto miedo de mi hermano. Le contesté que esas cosas pasaban y que Camille Claudel también tuvo un hermano que la recluyó en un manicomio sórdido durante treinta años, sin que existieran motivos para esa barbarie, quizá la genialidad de Camille lo asustaba tanto que prefirió anularla, no lo podemos

saber. El Rulos abrió la botella de brandy y todo volvió a comenzar desde cero.

No sé si eran las nueve o las diez de la mañana cuando me desperté, mi celular estaba completamente muerto. La cabeza me latía como una bomba de agua. Pensé en el coyote, ese día tenía que hornear la pieza para poder pasarla al vertido de bronce; me había hecho tantas ilusiones con ese trabajo y ahí, en el cuarto del Rulos, con la luz del sol entrando por la ventana y calentándolo todo, dejé caer ese sueño al despeñadero. Moví al Rulos para que se despertara y fuera a comprar cerveza, necesitaba algo que me aliviara el temblor de las manos. Supongo que el primer trago fue también el primer peldaño de mi descenso, o tal vez llevaba años bajando por ese barranco seco de mi corazón sin querer darme cuenta.

En total pasé seis noches con siete días en casa del Rulos, eso lo sé ahora porque en mi encierro he hecho la cuenta un número infinito de veces. Recuerdo muy poco de lo que hice todo ese tiempo, aunque hay escenas que tengo tan claras como si hubieran sucedido ayer; por ejemplo, el Rulos y yo regresando del Seven Eleven con más botellas de brandy corriente, a medianoche, o bajo la luz del sol, o con el frío de la madrugada. El Rulos rasgando las cuerdas de una guitarra imaginaria en medio de la azotea, con el gesto apacible de siempre, los brazos cubiertos de tatuajes y las rastas decoloradas meciéndose en el aire. Pitusa durmiendo en la caja de cartón hecha una bolita de seda. Yo revisando mi celular una vez más, solo para comprobar que estaba muerto, y sentir alivio de no poder comunicarme con mi madre. El Rulos dándole de comer a Pitusa cuadritos de jamón. Yo despertando desnuda sobre el colchón y sintiendo náuseas porque el Rulos era el último hombre del mundo con quien hubiera querido acostarme. Yo imaginando mi coyote

abandonado en el taller y derramando unas gotas de brandy sobre mi urticaria para acallarla. El Rulos y yo mirando la lluvia caer en la ciudad, discutiendo sobre si el gato aquel era o no era Román. Esas cosas no deberían ser la vida, pero sí lo son, qué se le puede hacer.

Mentiría si digo que salí de esa espiral por voluntad propia. Si hubiera sido por mí, me habría quedado a vivir en mi burbuja turbia para siempre, porque solo ahí me sentía a salvo de mi siguiente paso. Cuando el adversario vive dentro de ti, las posibilidades de huir son improbables, eso debe saberlo hasta Román, donde sea que se encuentre. La mañana en que volvimos al Seven Eleven por alcohol y vimos que ya no teníamos con qué pagar, fuimos con el vecino del Rulos y le pedimos dinero prestado, primero le dejamos el celular del Rulos en prenda, más tarde el mío, luego sus vinilos de Bob Marley, después mi libro de Camille Claudel y, por último, terminamos dejándole a Pitusa. Cuando la entregamos, la pobrecita estaba dormida, como siempre, y su antifaz parecía pintado con un pincel finísimo, y su pelito de cielo nublado se elevaba y se sumía con su respiración. El vecino del Rulos la tomó con delicadeza y eso me hizo sentir confiada, por ello recibí el dinero sonriendo y encima le di las gracias con una voz patética de tan servicial, pero él ni siquiera me contestó, solo me miró de reojo con una pizca de compasión.

Los tragos que compramos con el dinero de Pitusa ya no fueron lo mismo. Mi urticaria alcanzó un punto insufrible. De todos modos, me quedé con el Rulos hasta que se acabó la última gota de brandy. Él sirvió el vaso final y, arrastrando las palabras, dijo que nuestros pelos de caballo iban ganando la carrera, luego se quedó dormido y su brandy se derramó en el suelo. Terminé mi cigarro y me marché. Antes de llegar a mi casa, pasé a buscar al vecino del Rulos y, como no lo hallé,

deslicé una nota debajo de su puerta avisando que regresaría por Pitusa esa misma noche y explicándole cómo debía alimentarla mientras tanto. Me sentía extrañamente ligera y lúcida, como si mi alma hubiera salido a la superficie a tomar una bocanada urgente de oxígeno.

Entré a mi casa con absoluto sigilo. Por ningún motivo quería encontrarme con mi mamá ni con mi hermano. Fui a mi cuarto y puse todos los libros de arte que me había dejado mi padre en una maleta, excepto el de las esculturas de Camille Claudel, ese lo dejé en la repisa; mi intención era ir a la librería de viejo a venderlos y con ese dinero recuperar a Pitusa. Antes de salir, me cambié de ropa. Cuando me vi al espejo me asusté de mi delgadez y mi cara demacrada, pero no tenía tiempo para entretenerme en detalles superfluos; me pinté los labios de rojo para disimular, tomé mis cosas y salí al pasillo, otra vez de puntitas, igual que siempre, atravesé la sala tratando de que las llantas de la maleta no hicieran rechinar la madera vieja de la duela, alcancé la puerta y giré la manija muy lentamente, mi corazón dio un vuelco de júbilo cuando la puerta se abrió, pero en cuanto puse un pie fuera, escuché la voz de mi hermano detrás de mí.

Me di la vuelta y busqué a mi mamá con la mirada, estaba sentada en un sillón, con las manos en el regazo y los ojos ligeramente mojados por las lágrimas. Junto a mi hermano había tres hombres vestidos de enfermeros, uno de ellos dijo que eran de la patrulla espiritual, el eco de sus palabras todavía rebota en mi cabeza de vez en cuando. Mi hermano se acercó y me tomó por la muñeca con mucha fuerza, los hombres me rodearon y el más alto cerró la puerta con toda calma. Sentí un pánico tibio subiendo por mis piernas con mansedumbre y grité apenas, porque la voz me falló justo en ese momento. Pero me recompuse y le supliqué a mi mamá que me ayudara,

que tenía que ir por Pitusa, que eso era lo más importante ahora, que luego le daría todas las explicaciones que pidiera. Ella solo bajó la mirada y dijo no con la cabeza. Traté de resistirme, por más patadas, mordidas y rasguños que tiré al azar, todo fue inútil. “Tenme piedad, mamá, por favor, tenme piedad”, se lo imploré cien veces pero también fue inútil.

Mi hermano y los enfermeros me obligaron a subir a una camioneta. La ciudad se fue quedando atrás, tomamos por una carretera boscosa, había niebla sobre las copas de los pinos y el cielo estaba violeta. El viaje duró una hora y media, quizá. Llegamos a una hacienda enorme. La fachada era decadente y sombría. Una señorita nos recibió, me acuerdo de su voz dulzona y sus uñas de gel adornadas con purpurina rosa. De inmediato le expliqué lo de Pitusa, pero no le dio importancia. Mi hermano me ordenó que guardara silencio, luego dijo que me iba a dejar ahí por un tiempo y me pidió que me portara bien, eso fue todo, se dio la vuelta y se fue. Traté de correr tras él. Los enfermeros me agarraron y me llevaron arrastrando a un dormitorio donde había otras mujeres que ni siquiera voltearon a verme. La señorita me advirtió con su voz dulzona que si seguía gritando me iría peor. Me pasaron al baño, me revisaron, me quitaron el morral, los aretes y los tenis, después me hicieron ponerme un uniforme de algodón beige que olía a creolina y unos crocs blancos. Cuando estuve lista, la señorita me condujo a una cama y me dijo que ahí dormiría a partir de esa noche. La cobija que cubría la cama era color verde seco y estaba un poco raída, ese detalle insignificante me produjo tanta desolación que me rompí en un llanto histérico. La urticaria comenzó a picarme por todo el cuerpo. A las dos horas, vinieron los enfermeros y me sedaron para que dejara de rascarme. Como no funcionó, me esposaron a los barrotes de la cama y dijeron que solo me soltarían hasta que

me calmara. A la mañana siguiente desperté y vi que seguía esposada, pero ya no me quedaba una sola gota de llanto en el cuerpo, estaba exhausta; pensé en el sueño aquel donde *La implorante* de Camille tenía mi cara y sacudí la cabeza para ahuyentar la imagen.

Ayer fue mi cumpleaños, la señorita de la voz dulzona me trajo un panecito de chocolate con el número 23 dibujado con azúcar glas. Ya llevo cinco meses aquí. La compañera de la cama de al lado siempre dice que todo esto me va a ahorrar diez años de sufrimiento. A mí los diez años de sufrimiento me importan un carajo, lo que realmente quisiera es poder recuperar a Pitusa algún día.

**LUZ  
COMESTIBLE**





**EN EL INVIERNO DE 2003** cayó demasiada nieve sobre la ciudad, costaba caminar por las aceras, y era una nieve de belleza tajante pero oscura, te dabas cuenta porque contaminaba todo de un color beige que les quitaba el sabor a las cosas, no solo al café y a los cigarros, también a las mañanas y a las canciones de la radio. Al menos eso pensaba yo cada que iba a casa de Suzan Kisa y pasaba por el cementerio de St. James. Me quedaba un rato mirando tras los barrotes las tumbas enterradas bajo las capas de hielo. Repasaba una y otra vez los nombres y las fechas grabados en las lápidas. Las personas que habían dejado este mundo siendo muy jóvenes me sobrecogían de manera particular. Si había niebla, prefería esconder la cabeza en el gorro del abrigo y seguir de largo sin voltear a ver. Siempre le decía a Suzan que, en caso de que me animara por fin a cortarme las venas, no permitiera que me enterraran en Toronto, y ella se reía de mí y me ordenaba que me quitara las botas antes de pisar el felpudo. Un cementerio bajo la nieve es el colmo del desconsuelo, pero Suzan no les daba importancia a esas cosas, se limitaba a poner café en el ibrik y lo servía con galletas de cardamomo recién horneadas. Esas tardes de conversación en su bachelor de Sherbourne Street curaban mis heridas sin que yo me diera cuenta, por lo menos las más superficiales.

Hace años que la vi por última vez y todavía llevo a pensar en ella, sobre todo cuando hace frío. La noche antes de dejar

la ciudad, fui a buscarla a su casa para despedirme y no la encontré. Todo se dio de forma intempestiva.

Solo me recuerdo caminando cuerdas y más cuerdas bajo la nevisca, con las manos hundidas en las bolsas del abrigo, luego me metí al Starbucks de Bloor & Yonge y la tibieza del lugar revuelta con la humedad de la alfombra me provocó una ligera náusea. Sabía bien que Irving no iba a llegar. De todas formas, pedí un espresso y me senté junto al ventanal a esperarlo. La nieve arreció y el lodo de la calle volvió a ponerse blanco. Estuve casi dos horas haciendo dibujos en las servilletas de papel reciclado, hasta que me cansé y salí de la cafetería. No sabía a dónde ir. Llamé a Suzan desde un teléfono público y no contestó. Aguanté todo lo que pude para no echarme a llorar en plena calle, pero al final no resistí. Tenía la sensación de que el viento helado se colaba bajo mi abrigo y me humedecía los huesos. Si Irving no quería volver a verme, qué caso tenía seguir ahí, en esa ciudad hecha de hielo gris, era mejor largarme cuanto antes.

Yo habría querido hacer mi maestría en México, pero Patricio me convenció de ir a estudiar a la University of Toronto, incluso me ayudó a conseguir la beca. A mí la idea no me hacía feliz, una maestría me daba lo mismo, lo que yo quería era estar con él y nada más, me gustaba la vida que habíamos construido juntos, por sencilla y por dulce. Se lo dije muchas veces pero no me oyó. Luego de trámites y más trámites, de pronto me encontré viviendo en una ciudad extraña, rentando un *basement* en Mortimer St., cerca de Coxwell Avenue, en casa de una señora llamada Emily Perrot. Era un espacio amplio, más bien impersonal, estaba decorado con un estilo anticuado, tenía alfombras cafés y paredes de madera con tres ventanucos por los que apenas entraba la luz del día. En la salita de estar había un televisor de bulbos y un

viejo sofá tapizado en terciopelo rosa. Algo en esos muebles me hizo pensar que aquel capítulo de mi vida no iba a ser precisamente amable.

Las primeras semanas en Toronto, no hacía más que ir a la Facultad y volver a casa. La primavera estaba comenzando y los días eran luminosos. Emily me esperaba por las tardes para tomar el té. El té no era lo mío, pero me fui acostumbrando poco a poco. Emily hablaba de distintas cosas, decía, por ejemplo, que estaba harta de que los mapaches saquearan la basura del garaje, que la miel de maple tenía más propiedades que la de abeja, que la nieve era benéfica porque mataba los gérmenes y purificaba el aire, que le gustaría volver a la casa de su infancia en Quebec alguna vez, pero su tema favorito era su amigo Jean Claude Labelle. La mirada se le iluminaba cuando decía su nombre. Emily endulzaba su té con un cuadrito de azúcar y lo removía una y otra vez con una preciosa cucharita de plata que su madre le había heredado. Tenía el pelo completamente blanco y los ojos color gris acero. Era mi única compañía entonces.

Patricio me escribía largos correos que yo leía una y otra vez antes de dormir. Cuando nuestros horarios lo permitían, hablábamos por skype. Siempre decía que en cuanto regresara a México íbamos a casarnos sin avisarle a nadie y luego ponía a Sakura frente a la cámara para que me saludara. Yo sentía por Sakura un amor que no se parecía a nada, lo amaba porque la suavidad de su pelo era una nube y porque su inocencia me ofrecía una prueba irrefutable de lo divino. Patricio y yo lo habíamos criado juntos, era un Azul Ruso que llegó a nuestra casa cuando apenas le estaban brotando los dienteillos. Los fines de semana salíamos al bosque y lo llevábamos con nosotros, no le gustaba que lo cargáramos, prefería ir caminando, a veces parecía más un perro que un

gato. Sakura era vanidoso y dulce, los gatos pueden permitirse esas combinaciones de carácter, por eso son dueños de buena parte del mundo.

A Suzan Kisa la conocí en la universidad. Casi todas las tardes coincidíamos en la sala de humanidades de la Biblioteca Robarts. Era imposible no voltear a verla porque su larga y rizada melena color rubio cenizo te obligaba a espiarla de reojo. Un día la vi parada junto a la banca del jardín fumando un cigarro, entonces me acerqué a pedirle uno. Yo no fumo, pero esa vez tenía ganas de hablar con alguien que no fuera un libro. Dijo que podíamos ir por café. La tarde estaba refrescando. Al final no hablamos mucho, más bien nos recostamos en los enormes sillones de la cafetería y dejamos correr el tiempo. Luego tomó mi taza ya vacía y me aseguró que sabía leer la suerte. Miró el asiento y abrió los ojos con sorpresa, me devolvió la taza y explicó riendo que de momento era mejor guardar silencio, finalmente se metió un cigarro entre los labios sin encenderlo y tarareó una canción.

La universidad estaba asentada en un extraordinario complejo de edificios neorrománicos y de época victoriana; era, sin embargo, demasiado silenciosa para mi gusto, la pátina de las paredes me producía como melancolía, no sé. En mis horas libres, me gustaba caminar por sus enormes jardines. Las aceras estaban delimitadas con setos llenos de flores blancas. Al terminar las clases, me perdía entre las calles nada más para ver la luz del atardecer entre las ramas de los arcos. A Sakura le habría gustado trepar por todos esos troncos. Suzan y yo seguimos coincidiendo en la cafetería. Cada vez charlábamos hasta más tarde. Cuando volvía a casa, Emily me estaba esperando con el té ya frío.

Pronto llegó el verano. Suzan y yo nos íbamos los fines de semana a Sugar Beach a tomar el sol. A veces, sacaba un

diccionario y me enseñaba a decir frases en turco. Aprendí muchas, pero solo me acuerdo de *teşekkür ederim*, porque la pronuncié infinidad de veces. Ella había nacido en Estambul y siempre hablaba de aquella ciudad como de una alhaja que hubiera perdido en el desierto. Cuando terminaba su cigarro y su cerveza, extendía un mantel de color blanco sobre la arena, abría la fiambarrera y sacaba cosas raras y deliciosas para el almuerzo. Una vez me contó que, siendo niña, su profesora la abofeteó frente a sus compañeros por comer un dátil durante el Ramadán. La nariz le sangró pero nadie pudo ayudarla. Me troné los dedos sin saber qué contestarle. Suzan tomó una dolma, la remojó en la salsa de yogur y me dio a probar. Luego prendió otro cigarro y se quedó mirando la playa.

Sugar Beach me gustaba salvo por las gaviotas que bajaban al caer la tarde. Era su canto; no hay un canto más lleno de soledad que el de las gaviotas. Siempre me ponía a hablar de Patricio y de Sakura con tal de no escucharlas.

Cada vez regresaba más tarde a casa. A Emily no le agradaba. Hacía una mueca de reproche cuando me veía abrir la puerta. Ella hubiera querido que yo estuviera temprano todos los días para tomar el té y hablar de los plagosos mapaches que vivían en la cuadra. Era una mujer algo ermitaña, no sé qué edad tendría, nunca le pregunté. La imaginaba como una señorita Havisham en versión de nieve, siempre esperando algo que no llegaba. Patricio me llamaba tonta cada vez que la describía así.

Un día la encontré en la mesita de la cocina conversando con Jean Claude Labelle. Jean Claude era un señor de rasgos muy franceses, tendría unos 55 años, los ojos color miel y una voz apacible. Vivía en la furgoneta que estaba estacionada afuera de la casa de Emily Perrot, ahí había acondicionado su dormitorio. Todas sus pertenencias cabían en un baúl. De

noche, entraba a la cocina, abría el congelador, sacaba un bote de helado de fresa y se servía una bola enorme con galletas de canela, luego se sentaba en la mesita a comer y a hablar de sexo, pero lo hacía con indefensión, como si el sexo fuera un amigo entrañable al que no veía sabrá Dios desde cuándo.

El fin de semestre, Suzan y yo salimos a festejar. No sabíamos de lugares, fuimos a parar al barrio de Yorkville y nos metimos al Panorama, un restaurante bar en el piso 51 de un rascacielos. Pedimos una *stella artois* y nos sentamos junto a un ventanal. La ciudad parecía un río de luciérnagas. Para cenar ordenamos un *arctic char* al horno y papas con mantequilla. Suzan pinchó el pescado con el tenedor y dijo riendo que la cocina canadiense la deprimía, luego se puso a hablar de Estambul, estaba muy elocuente. A mí me gustaba escuchar cosas de Estambul. Comenzó hablando del Castillo de Rumelia, de los fantásticos bazares y los cafés a la orilla del Bósforo, y no sé cómo acabó diciendo que no había podido aprender el idioma de sus padres porque el gobierno lo había prohibido, que se había visto obligada a pedir refugio en Canadá por ser kurda, que su familia estaba dispersa en Suiza y Alemania, y que no sabía si volvería a ver a sus hermanas alguna vez. Su voz era neutra. Yo me tomé la cerveza de golpe y guardé silencio. Luego le dije que la odiaba por tener esa cabellera tan asombrosa. Suzan quiso aguantar la risa pero no pudo. Volví a mirar la ciudad detrás del ventanal y me sentí una intrusa, una intrusa de ese lugar y de ese momento.

Una tarde subí al *streetcar* para volver a casa. Era jueves, lo recuerdo bien. Me senté en una butaca individual y abrí un libro. Aún había sol. El tranvía avanzaba con lentitud por Queen Street y en cada parada frenaba tan bruscamente que me obligaba a apartar los ojos de la página. De pronto, alguien al otro lado del pasillo me preguntó que de dónde era. Así de

la nada, en voz alta. La pregunta me tomó desprevenida. Era un muchacho con el pelo casi al hombro. Se pasó a la butaca de al lado, miró la portada de mi libro y comenzó a hablar como si nos conociéramos de siempre. Dijo que le gustaría saber español para poder entender lo que leía. Hablamos unos minutos de cosas sin importancia, luego dijo que su parada estaba cerca, que iba a una fiesta y me invitó a ir con él. Le contesté que no podía. Se encogió de hombros e hizo una mueca de decepción. Las puertas del *streetcar* se abrieron y el muchacho bajó de un salto. Lo vi perderse en la avenida. Llevaba una chaqueta de mezclilla, unos tenis Converse y un pañuelo Ascot atado al cuello. El viento le había despeinado el pelo. En ese momento sentí que en algún lugar de mí se había roto un hilo, aunque fue tan sutil que no le di importancia. Volví a abrir el libro y busqué la página que había perdido, entonces sucedió que, dos o tres paradas más adelante, otro muchacho se acercó y me extendió un papel. “Ese *dude* es mi amigo, este es su número, por si quieres llamarle”, dijo con amabilidad. Cogí el papel y lo metí entre las hojas del libro. Ni siquiera le contesté. Sentía la cara ligeramente roja.

Ya estábamos en pleno otoño. El follaje de los árboles cubría los caminos de rojo y amarillo. Me gustaba oír el chasquido de las hojas bajo mis pasos. Patricio me contó que Sakura había dejado un pajarito muerto sobre mi almohada. Yo estaba acostumbrada ya al té de Emily Perrot. Una tarde la encontré llorando. Me pidió que la acompañara a caminar. Fuimos al Tim Hortons por un café. Tenía los ojos hinchados. Se acercó la taza a la boca y noté que las manos le temblaban. Ya se había hecho de noche. Vacío tres sobres de splenda en su capuchino y lo removió con la palita de madera, luego lo alejó sin probarlo y dijo que había tenido una discusión terrible con Jean Claude.

Se enfureció porque le cobré la parte que le toca pagar de la factura eléctrica, —dijo, y volvió a tomar su taza. El viento comenzó a azotar las ventanas. Suspiré y me quedé mirando cómo se iba poniendo más y más triste.

¿Sabes que Jean Claude está enfermo?, —dijo en voz muy baja y miró a los lados con sus ojillos gris acero, como asegurándose de que nadie estuviera escuchando, “¿sabes que además de diabetes tiene un padecimiento en el cerebro?; no estoy segura, pero creo que es un trastorno bipolar, tiene que tomar litio para controlarse. A veces está tan deprimido que se encierra en la furgoneta días enteros; después de un tiempo, sale todo eufórico y se larga no sé con quién ni a dónde y llega hasta la madrugada, con la ropa y el pelo desaliñados, ¿nunca lo has oído?, sí me preocupa ¿eh?, te lo digo en serio”. Se secó las lágrimas con un clínex gastado. Detrás de la ventana, las hojas caídas de los arces se arremolinaron.

Las semanas siguientes fueron complicadas, tuve una gran carga de trabajo en la universidad. Pasé la mayor parte del tiempo en la biblioteca, leyendo y tomando apuntes. Apenas si pude hablar con Patricio. De pronto, olvidaba incluso que vivía en otra ciudad, lejos de todo lo mío. A fin de mes, Suzan me invitó a comer a su bachelor. Vivía en el cuarto piso del edificio más viejo de Sherbourne Street. Si bien el espacio era pequeño, tenía una amplia terraza en la que Suzan había instalado una barbacoa y una mesita con dosel. Abrió una botella de vino, llenó dos vasos y brindó por los últimos días de sol. Más tarde, puso sobre la mesa una bandeja de pan recién horneado y una soperas de porcelana blanca, sirvió en los platos una sopa de arroz en caldo de yogur y comino y volvió a llenar los vasos. Tras la barda de la terraza se entreveían las cúpulas de la catedral de St. James escondidas entre los arces azucarados, las hojas empezaban a pintarse de tonos sepia.



“Toronto no está tan mal, Suzan, es cuestión de acostumbrarse”, dije riendo.

Se alzó de hombros y se sirvió más vino. Fue a la cocina y volvió con unos pimientos rellenos de carne de ternera, bulgur y vegetales asados.

“Toronto es una ciudad llena de antisociales”, dijo.

Le conté del tipo aquel en el *streetcar* y entonces caí en cuenta de que había estado pensando en eso cada día. Todavía lo veía bajar en la parada, con el pelo despeinado por el aire que hacía.

“¿Y por qué no le llamas?, así te distraes un poco, tonta”.

Suzan puso en la mesa una charola con el *ibrik* de latón humeante de café turco y *baklava*. Me habría gustado que Patricio estuviera ahí para que probara el *baklava*.

“¿Así son todas las mujeres turcas?”, le pregunté fingiendo hastío.

“Así cómo”, contestó Suzan.

“¿Saben cocinar cosas asombrosas y tienen cabelleras de diva inalcanzable?”.

Al volver a casa vi a Emily sentada en la sala de estar, con las piernas muy juntas, la espalda erguida y la cabeza cubierta de rulos. Estaba esperándome con la tetera sobre la hornilla encendida.

“Ahora no puedo, Emily, realmente estoy cansada”.

“Por favor, Nina, quédate conmigo un rato”.

Emily habló de Jean Claude Labelle no sé cuánto tiempo, dijo que había estado deambulando descalzo alrededor de la casa, con la camisa manchada quién sabe de qué.

Cuando por fin pude bajar a mi cuarto, tomé el libro del estante y busqué el papel entre las páginas: Irving Shaw, 416-888-2584. Volví a guardarlo. Poco después llamé a Patricio, me contó que Sakura ya no dormía en su cama, sino en un rincón

de mi clóset, sobre mis pantuflas. Sakura era un codicioso de la ternura.

“Cariño, estoy muy orgulloso de ti, no veo la hora de volver a abrazarte”, dijo Patricio, y sonrió con sus dientes blanquísimos y sus hoyuelos. Casi todo lo que había conseguido se lo debía a él, aunque su amor era para mí el logro máspreciado.

El fin de semana siguiente lo pasé en la biblioteca central, leyendo hasta muy tarde. Estaba cansada y fastidiada de todo. Hacía frío. Bajé a comprar un café. De pronto, un impulso me llevó a los teléfonos públicos. De la bolsa de mi abrigo saqué el papel y marqué el número de Irving Shaw. Alguien contestó del otro lado y a mí solo se me ocurrió colgar. Salí a la calle y tomé el café recargada en un poste. La acera estaba cubierta de hojas de arce. La gente pasaba con las manos metidas en los bolsillos de los abrigos. Regresé al teléfono, puse otra moneda y volví a marcar.

“¿Puedo hablar con Irving, por favor?”.

Esa noche, tuve que volver al Tim Hortons con Emily Perrot. Me dolía la cabeza, pero ella insistió casi con desconsuelo. Pidió unos panecillos rebosantes de merengue francés y me hizo comer algunos.

“Antes de ti, tenía una inquilina bellísima. Japonesa ella. Su pelo era como de seda negra, no te miento. Se llamaba Satoko. Vivió conmigo año y medio. Siempre estábamos juntas y hablábamos de todo. La extraño mucho, ¿sabes?, prácticamente era la hija que no tuve. A veces, cuando se abre la puerta pienso que voy a verla de nuevo, pero eres tú. No tienes idea de cuánto lloré cuando volvió a Japón, pregúntale a Jean Claude”.

“Emily, tienes un poco de merengue en la punta de la nariz”, le contesté tratando de disimular mi aburrimiento y le

di un mordisco al estúpido panecillo. Se limpió con el dorso de la mano y le puso más splenda a su capuchino.

Cuando regresamos, había un mensaje de Irving en el contestador: “Hola, Nina, si puedes encuéntrame el martes a las 9 de la noche en el Rivoli, está en Queen St., media cuadra al este de Spadina; tiene dos plantas, ve al bar del primer piso. Me encantaría verte. *Cheers*”.

Se me hizo un hoyo en el estómago. Me dejé caer en el sillón de la sala para pensar. Estaba arrepentida de haberlo llamado.

El martes llegué al Rivoli como a las nueve y cuarto. Había mucha gente. Busqué a Irving con la mirada, estaba en una mesa al fondo del lugar, con un grupo de amigos. Lo reconocí por el pelo. Las piernas me temblaban de puros nervios, pero caminé hacia él haciéndome la muy natural. Me saludó y me estrechó en sus brazos, como si fuéramos viejos conocidos, luego me presentó a su amigo Sean Keith y a su novia. Pensé en quedarme solo media hora para una cerveza y luego regresar a mi sombrío *basement*, pero la música del bar, las risas de la gente, las luces y la cerveza me atraparon. Las últimas semanas habían sido extenuantes, hacía mucho que no sentía la cabeza tan ligera. Irving y yo platicamos de todo y de nada. Después del Rivoli, salimos a caminar por la ciudad con sus amigos. Para entonces el frío ya pegaba con fuerza, el invierno estaba por llegar. Los días que siguieron, apenas pude concentrarme en las clases. Patricio me preguntó si todo iba bien.

“Sí, claro que sí, todo bien, Pato”.

El fin de semana volví a salir con Irving, fuimos a High Park. Dimos una larga caminata hasta el barranco, las primeras neviscas habían comenzado a caer, las montañas tenían un color gris blancuzco. Las ramas de los robles, los olmos y los abedules empezaban a quedar desnudas. El parque estaba

solitario, no había más que el chasquido de nuestros pasos y un viento suave.

Por la noche, Patricio me buscó en el skype pero yo me quedé recostada en la cama, inmóvil, mirando al techo.

El lunes siguiente, me reuní con Suzan en el Second Cup después de la universidad para un café. Sacó del bolso su diccionario inglés-turco y quiso enseñarme nuevas frases.

“No me jodas, Suzan, a quién puede importarle el turco. Mejor tú aprende español, es más útil, créeme”.

Me aventó el cojín del sillón en la cara y luego se rio.

“Tienes razón, Turquía es un puto mal sueño”.

“Ay, Suzan, Suzan, no hablemos de malos sueños, querida. Eso de las naciones es una ficción acaso necesaria, o acaso no; pensándolo bien, el valor de una botella de vino es superior a cualquier país que me pongas enfrente”.

Quiso seguir charlando, pero yo tenía que irme, había quedado de ver a Irving.

Fuimos a un bar frente a Lake Shore Boulevard West y, con todo y el frío, nos tomamos un *wine ice*. Él habló todo el tiempo de música. Luego caminamos hacia el lago. El cielo estaba gris. Había gaviotas planeando bajo.

“¿Sabes que las gaviotas les arrancan los ojos a las focas bebés para que no puedan escapar y así comérselas fácilmente?”, dije.

“¿De dónde sacas eso?”, contestó negando con la cabeza.

“Lo leí por ahí”.

Irving me miró como si no tuviera idea de lo que estaba diciendo, sonrió y lanzó unas piedras al lago. Luego volteó hacia mí y con toda calma me ató la bufanda en un nudo parisino y me besó. Y ese beso fue como un viaje a un lugar extraño, un viaje fugaz, de esos que no te dan tiempo ni de reconocer dónde estás parada. Cuando regresé al lago y al

color plumizo de la arena vi que nada había cambiado y, sin embargo, todo parecía distinto.

Al llegar a casa, entré cuidando de no hacer ruido, vi entonces la tetera en la hornilla y me escabullí al *basement* caminando de puntitas.

“Llevo horas tratando de comunicarme contigo”, me dijo Patricio.

“¿Cómo dices?”.

“¿Dónde estabas, Nina?, ¿qué está pasando? Cada vez es más difícil encontrarte en tu casa. Ni siquiera has contestado mis correos”.

“Nada, Patito, perdóname, he tenido unos días muy pesados en la universidad, ¿cómo está Sakura?”.

Pasaron dos días y no supe nada de Irving hasta que me envió un correo invitándome a su casa para festejar el día de Acción de Gracias. “Mi dirección es 15 Lake Crescent, te espero a las siete”. No tuve más remedio que contárselo a Emily Perrot, no tenía excusas que oponer para no estar con ella en la cena. Pasé a un LCBO a comprar una botella de vino y me fui en metro hasta Etobicoke, ahí busqué la ubicación en el mapa. El viento casi cortaba de tan frío. Lake Crescent rebosaba de nogales y arces azucarados, la última luz de la tarde se filtraba como llovizna entre las copas. Fue Ramine Shaw, la hermana de Irving, quien me recibió. Su padre, un señor inglés de voz gruesa, me mostró la casa con amabilidad; tenía el pelo ondulado y gris, vestía un suéter de cashmere color vino y unos pantalones de lana; dijo que era antropólogo, o eso creo recordar; me habló de su estancia en la Ciudad de México años atrás.

“Todavía se viajaba en tranvía, es una ciudad que tú no conociste. Mi esposa y yo hicimos el recorrido Zócalo-Santa

María la Ribera incontables ocasiones, mis hijos aún no habían nacido”.

Me mostró con detenimiento su colección de pintura mexicana. Era un hombre enamorado del mundo, se notaba de inmediato. Después, me condujo al comedor. La mesa estaba puesta con delicadeza: un mantel de hilo crudo con pétalos esparcidos, rosa pálido y, al centro, dos candelabros antiguos y un jarrón de flores de invernadero; la vajilla de plata y las copas de cristal de Bohemia brillaban apenas con la luz de las velas. Para la cena se sirvió pavo asado relleno de pan y mantequilla bañado en salsa de arándanos, puré de camote con setas y ensalada de espárragos con hojas de helecho. Una gota de gravy cayó en mi vestido y tuve que ir al baño a lavarme. Cuando volví a la mesa, Irving había puesto una gran rebanada de pay de calabaza en mi plato y luego me sirvió una tacita de café. Antes de terminar, brindamos con absenta de Montreal.

Los invitados se fueron marchando después de la sobremesa. Irving y yo pasamos un rato más en el estudio. Puso música y preparó whisky borbón en las rocas.

“Cuéntame qué has hecho sin mí”, dijo.

Me dio a probar del vaso de whisky con su dedo índice. Al final, la música y la noche me supieron al mismo trago... *Last night she said: “oh, baby, I feel so down”, “oh, it turn’ me off when I feel left out”, so I, I turned ‘round oh, baby, don’t care no more...* De pronto, pensé en México y me sentí dichosa de estar tan lejos.

Llegué a casa pasando la media noche. De inmediato me puse en contacto con Patricio por skype. Primero dije cosas que no tenían que ver unas con otras, un poco por el whisky: que si el gravy, que si la nevisca, que si los graznidos de las gaviotas en el lago. Él me miraba desde el otro lado de la pantalla como si fuera una extraña. Estaba despeinado

y tenía puesto el pijama. Dijo con sequedad que Sakura había escondido una mariposa gris en el cajón de mi ropa interior. Guardamos silencio. De pronto le conté todo lo que había pasado y me eché a llorar. Patricio se llevó las manos a la cabeza y dijo que no podía creer nada de lo que había escuchado. Esa noche no dormí.

“Sabía que eras una zorra, lo sabía”, dijo Suzan cuando le expliqué la situación. Se rio emocionada y se tiró en la cama con los brazos abiertos. Luego prendió un cigarro y llenó dos copas de vino. Estábamos en su cuarto. Me levanté y abrí la ventana. Los tejados de las casas estaban blancos de nieve. Respiré lo más hondo que pude.

Los meses siguientes fueron una especie de temblor. Irving y yo nos encontrábamos cada tarde y recorríamos la ciudad, caminando sobre las capas de hielo sucio de las banquetas y parando en las cafeterías y los bares para resguardarnos del frío. A veces tenía la vaga impresión de que todo se esfumaría de pronto y me tronaba los dedos para espantar la aprensión. Patricio me escribía de vez en cuando para contarme lo mal que estaba. A mí me dolía, pero no había nada que hacer. Ni siquiera le contestaba, ya no tenía caso. Un fin de semana me fui con Irving y sus amigos a Blue Mountain a esquiar, pasamos los días en una cabaña a las faldas de las montañas. En ese viaje terminé por alejarme de todo. No había más que nieve, el horizonte era completamente blanco. Irving me miraba detrás de la nevada con sus ojos azules, los mismos ojos que tanto recordaba de aquella tarde en el *streetcar*, y entonces me sentía un árbol sin raíces y me daba miedo caer fuera de ese mundo.

Cuando volví a casa de Emily Perrot, encontré muchas llamadas perdidas de Patricio, muchas; al final, dejó un largo mensaje diciendo que Sakura había muerto.

“Fue muy inesperado, Nina, lo siento. Ha llovido mucho en la ciudad. El gato se escapó a la casa vecina y se electrocutó con una instalación eléctrica en mal estado, el impacto lo hizo caer de la azotea y no pudo librar el golpe. Sus ojos y sus bigotes quedaron muy afectados por las quemaduras de la corriente... muchos tramos de pelo chamuscado. Odio tener que estar contando esto...”.

Cuando terminé de escuchar el mensaje, fui a la cocina y puse la tetera a calentar, las palabras de Patricio sonaban en mi cabeza como un gong, me senté a la mesa y entonces me desvanecí.

Al recuperar el conocimiento, vi a Jean Claude Labelle parado frente a mí, frotándome las palmas de las manos con alcohol. Emily no estaba en casa. La tetera silbaba enloquecidamente sobre la hornilla.

“La culpa es mía por haberlo abandonado, Jean Claude, la culpa es solo mía”.

“Tranquila, *petit*, ahora no hables, ¿okey?, ya pensaremos las cosas con calma”.

Por primera vez noté que en sus ojos había un dolor muy viejo, como de siglos.

“¿Tú qué harías en mi lugar ahora mismo, Jean Claude?”.

“Bueno, con las pocas cartas que tienes para jugar, si yo fuera tú, escucharía a Debussy hasta quedarme dormida”, contestó, y se levantó y dibujó un trazo dolorido en el aire.

Esa noche tuve fiebre. Soñé a Sakura una y otra vez dejando mariposas blancas para mí, sobre la nieve de Blue Mountain, sobre los parterres del campus universitario, sobre los asientos del tranvía que alguna vez recorrió las calles de la Ciudad de México, sobre mi almohada en la cama del *basement* de Emily Perrot. Al día siguiente, Jean Claude tuvo que llamar a su médico para que me examinara.



Por fortuna, el tiempo se fue yendo. Un invierno siguió al otro. El final de la maestría estaba cerca. Un día, Sean, el amigo de Irving, nos invitó a un *rave* en las afueras de la ciudad, en una fábrica abandonada. Yo tenía una cantidad excesiva de trabajo, pero Irving me convenció de ir.

A primera vista, el lugar parecía no solo sombrío sino además ruinoso. Sean nos acompañó a recorrerlo, nos habló de la música que se tocaba en cada sala, que si *trance*, que si *garage*, que si *jungle*, que si *drum and base* y no sé cuánto más; en realidad yo entendía muy poco de ese mundo. Había gente a reventar. No era mi tipo de ambiente, pero a medida que avanzó la noche me fui sintiendo más relajada. En cierto momento, Sean se acercó y me ofreció una pastilla.

“Es éxtasis, tienes que probar”.

Dije que no.

“Es en serio, vas a tener la experiencia más alucinante de tu vida”, insistió, como si estuviera haciéndome un favor invaluable. Me agaché para amarrar los cordones de mi zapato y cuando me levanté busqué de nuevo a Irving con la mirada, pero no lo vi por ninguna parte, entonces simplemente extendí la palma de la mano; Sean puso la pastilla justo en el centro y me cerró los dedos sonriendo casi con dulzura. Me tragué la cosa esa al instante, porque sabía que si esperaba me arrepentiría.

Los primeros minutos estuve muy pendiente de mi cuerpo y como no pasó nada perdí el interés, pero una media hora más tarde, quizá menos, empecé a entrar en un torbellino de luz; no era un torbellino salvaje, sin embargo; era más bien pausado, mullido, si cabe decirlo así. Mis sentidos florecieron primero con lentitud y luego de forma catastrófica. La música comenzó a crecer en mi cerebro como una enredadera descontrolada. Me puse a bailar sin parar, estaba eufórica y todo me hacía

reír. Recorrí las salas al azar, contemplando los colores y las texturas de las cosas que me rodeaban, el ambiente se volvió tan volátil como un algodón de azúcar. Sentí que mi cabeza se deshacía en libélulas que intentaban no moverse para no pintarlo todo de azul con su vuelo. Aquel punto de la tierra se volvió de golpe el mejor lugar imaginable. Era más prodigioso que la inocencia de Sakura, que el celaje de su pelo vuelto ceniza, que sus ojos carbonizados bajo la lluvia. Empecé a sudar, las gotas me resbalaban como minúsculos diamantes de goma que brotaban de mi piel. Salí al jardín. La palidez del aire me dejó sin habla. Eché a caminar hasta el bosque que rodeaba la fábrica, el blanco de la noche era más un delirio que un color, o que un no color. Las ramas de los árboles parecían de plata, miré al cielo y vi caer las pequeñísimas láminas de nieve contra la luz lunar, juzgué imposible aquella perfección y, sin embargo, sentí que me pertenecía sin remedio. De pronto, alguien tocó mi hombro, era Sean, me extendió una botella de agua. “¿Qué haces aquí?”, preguntó, “estás temblando”. Me abrazó, y sin que yo entendiera por qué, su cercanía me derritió como si fuera yo la nieve sucia de las avenidas. Me imaginé sin más indumentaria que una bufanda roja y una zanahoria en vez de nariz, tuve que taparme la boca para ahogar la risa. Traté de apartarme de él pero no lo conseguí. Tenía la sensación de que mis pies no tocaban el suelo. La luna comenzó a desparramar sobre nuestras cabezas su luz comestible. Casi vi cómo nuestros corazones se volvieron tan blancos como la leche de un animal siberiano. Sean pegó su boca a la mía y ya no me soltó. Me puso contra un árbol y me cubrió el cuello de besos, sus caricias eran plumas de lechuza desperdigadas en el bosque. Luego me hizo el amor y fue como si la noche nos guardara en su nube de pelo de gato azul y tibio. De pronto, no sé cómo, levanté la mirada y vi a Irving

parado frente a nosotros, con las manos en los bolsillos y el cabello y los hombros salpicados de nieve; se dio la vuelta y se alejó sin decir nada.

Pasé una semana sin poder salir de la cama. El médico vino a verme de nuevo, dijo que necesitaba silencio y reposo y me recetó unos tranquilizantes. Los ventanucos del *basement* apenas dejaban pasar una luz insignificante. Emily insistía en que saliéramos a caminar, pero el solo hecho de pensar en el hielo sobre las banquetas me daba náusea. No sabía nada de Irving, no quiso responder a mis llamadas, no quiso escuchar nada de mí.

Por esos mismos días, Jean Claude Labelle murió de una sobredosis de somníferos en el dormitorio de su furgoneta, pasó mucho tiempo antes de que nos diéramos cuenta. Emily quedó desolada. Salí de la cama solo para asistir a los funerales. Jean Claude fue sepultado en el cementerio de St. James, vestido con el *tuxedo* viejo que encontraron en su baúl. Apenas un puñado de personas estuvimos ahí para despedirlo. Cuando Emily y yo nos quedamos solas frente a la tumba, ella se puso a rezar unas plegarias en francés que no entendí, pero el tono de su voz me dejó un nudo en la garganta que duró meses. Fue una tarde sombría, nevaba y había niebla entre las tumbas, y habría sido igual de sombría con un sol deslumbrante, o quizá la luz del sol lo habría empeorado todo.

“Jean Claude Labelle. 1944-2004. RIP”. Antes de marcharnos, Emily y yo dejamos unos claveles rojos sobre la lápida y guardamos un minuto de silencio. Salimos del cementerio tomadas del brazo, y aunque no pronunciamos palabra alguna, pude sentir con claridad que en su corazón ya había oscurecido y que no volvería a amanecer más.

El invierno se recrudeció hasta un punto insufrible, yo me quedé junto al teléfono esperando a que sonara, pero fue en

vano. Irving nunca llamó. Suzan vino a verme. Le supliqué que me acompañara a su casa a buscarlo. Estuvimos tocando un buen rato, pero nadie abrió la puerta. Volvimos sobre el camino nevado sin decir nada. No me quedaba duda de que Toronto era la peor ciudad para un corazón en ruinas. Esa noche soñé a Patricio enterrando el cuerpecito de Sakura en un camellón de la colonia Narvarte, bajo la llovizna del D.F. Si por mí hubiera sido, me habría quedado recluida para siempre en el *basement* de Emily Perrot y, sin embargo, tuve que volver a la universidad, solo faltaba mes y medio para el fin de curso.

Una semana antes de mi regreso a México, Irving me escribió un correo disculpándose por haber desaparecido: “Simplemente no estoy listo para volver a encontrarme contigo, lo siento mucho, Nina. No sé si podré volver a confiar en ti alguna vez”. Le contesté diciendo que al día siguiente iba a estar esperándolo en el Starbucks de Bloor & Yonge a las siete de la tarde. Estuve ahí casi dos horas y nunca llegó.

Durante el vuelo, me la pasé tratando inútilmente de reconstruir aquella última vez que lo vi, en el maldito bosque ese de la fábrica. Patricio fue a recogerme al aeropuerto. Me saludó con frialdad y cogió mi maleta, caminamos en silencio al estacionamiento. A medio trayecto carraspeó y dijo: “Hay algo que tienes que saber, Nina. Espero que sepas perdonarme”. Se acomodó los puños de la chaqueta y miró a otra parte. “Sakura no murió, está en la casa, si te conté otra cosa fue porque estaba lleno de rabia contra ti”.

Le pedí que me diera cinco minutos para ir al tocador, una vez a solas, vomité en el lavabo y luego lloré descontroladamente. Una chica se acercó y me puso una mano en la espalda.

“¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?”

“No. Estoy bien. Gracias. Ya se está pasando”.

PÁJAROS EN TU  
NOMBRE



CREO QUE SI NO HUBIERA ABIERTO ESE MALDITO CUADERNO, no habríamos llegado a este punto, pero cómo va uno a saber. ¿No te ha pasado?, ¿no llevas cosas dentro que quisieras sacarte y abandonar por ahí, a la orilla de una carretera lejana? Ojalá que no me malinterpretes, no actué de manera premeditada, lo que pasa es que esa noche bebí de más y, supongo que por eso, se me hizo fácil tomar su diario y comenzar a leer. Fue pura inercia, te lo digo con honestidad.

Para mí, Inés Alanís era ese tipo de mujer que un hombre simplemente no voltea a ver. Examiné de reojo su caligrafía desastrada y, a continuación, leí una página al azar: “Salí del baño y me paré frente a él, vestida con el negligé de encaje rosa que acababa de comprarme, pero Toño ya se había dormido, ni siquiera se quitó los zapatos, y tenía la boca abierta y ese ronquido sibilante que tanto me revienta. Siempre me hace lo mismo. Fui a la cocina, saqué el pastel de chocolate del refrigerador y me senté en el suelo a comer, no quise ni ir a buscar un cubierto, para la última rebanada ya tenía el trasero congelado por el frío de los mosaicos. 14 de marzo de 2017. Taller del profesor Botey. Inés Alanís.” Sentí una especie de bochorno y cerré el cuaderno. Imaginé a Inés embutida en el ligero, con sus abundantes carnes al aire y las mejillas embarradas de chocolate, tuve que sacudir la cabeza para ahuyentar la imagen. Bebí una última cerveza y me fui a dormir.

El taller ya tenía alrededor de un año, yo me inscribí porque en mi fuero interno estaba convencido de que podía llegar a ser un gran poeta. Claro que, mientras eso sucedía, tenía que conformarme con ser el mismo pobre diablo de toda la vida. Al principio, las sesiones se hacían en el café Budapest, un par de meses después comenzamos a hacerlas en mi departamento, era lo conveniente para todos, dado que yo vivía justo en el centro de la ciudad. Nos reuníamos los martes y los viernes por la tarde. Éramos cinco integrantes, además del profesor Botey. Y la verdad, sí escribí mucho en todos esos meses, aunque debo confesar que lo hice más como un intento de llenar las horas de mi vida con lo que se pudiera.

El profesor Botey pasaba de los sesenta años, décadas atrás había logrado cierto renombre en el mundillo literario con su libro *Déjala que me muerda*, un poemario sexoexistencial, como a él mismo le gustaba explicar; a la fecha, seguía viviendo del recuerdo de aquellos laureles marchitos. Siempre que llegaba a la clase, sacaba su cajetilla de Marlboro Rojo y la ponía junto a su libreta de apuntes; tardaba para encender el primer cigarro, pero luego ya no paraba de fumar y la estancia iba llenándose de un humo azulado y tristón.

Flavio Páez era el más brillante de nosotros, aunque me cueste admitirlo; quizá la leve antipatía que sentía por él provenía de su admiración por los poetas ingleses; esa manía suya de citar a la menor provocación a Keats, a Byron o a Blake lo delataba, según yo, como a un completo esnob, y tú dime si hay alguien más digno de descrédito que un esnob.

Luego estaba Óscar Ledesma, un estudiante de ciencias políticas que tenía un gran amor por el desorden en todos los sentidos; eso me caía bien de él. Por lo general, era el último en llegar a la clase y el último en irse. No sé cómo le hacía para ser tan prolífico; escribía dos o tres poemas cada día y



los llevaba a la clase en hojas arrugadas y manchadas de grasa y de café; lo curioso es que no eran malos. Su ropa y su morral casi siempre olían a mariguana. Después estaba Florencia Cosío, la arrogante del grupo, una maestra de lingüística hambrienta de fama y reconocimiento que iba de *femme fatale*. Tenía unos pechos enormes y siempre vestía blusas de escotes pronunciados. Fumaba cigarros Gauloises; desde la primera sesión aclaró, sin que nadie le preguntara, que eran los favoritos de Jean Paul Sartre, luego dijo *Liberté toujours* y nos miró con aires de superioridad. Ella y el profesor Botey a menudo se enfrascaban en largas discusiones sobre el sexoexistencialismo en la poesía de la propia Florencia.

Por último estaba Inés Alanís, una persona bastante rara, casi nunca hablaba y, cuando lo hacía, no miraba a los ojos. Usaba unos gruesos lentes de pasta, blusas de cuello alto y faldas largas. Era regordeta, iba con el pelo recogido en un chongo y la cara sin maquillar. No era fácil calcular su edad, a veces parecía una adolescente y, a veces, una solterona. Para serte franco, al principio, yo no veía en mis compañeros sino a un patético cuadro de desbalagados; sin embargo, llegué a tenerles cierto aprecio con el tiempo.

Debo aclarar que en varias ocasiones pensé en dejar el taller, pero uno de los motivos que con más ardor me impulsó a seguir fue mi amor por Dafne Santobeña. No voy a contarte mi biografía, no te asustes, solo quiero que sepas de qué te estoy hablando. Yo ya tenía 39 años y no había logrado mucho en la vida. Vivía en un departamento alquilado, viajaba en microbús, tenía una modesta librería de viejo que a duras penas me permitía pagar las facturas, un divorcio y alguna que otra deuda.

Cierta ocasión caí, no por casualidad sino por aburrimiento, en la inauguración de una exposición de arte

conceptual en la galería Lempika Brothers. Ahí la conocí. Estaba sola, igual que yo. Observaba las esculturas con desgano. Tenía el pelo cortado a lo Cleopatra, llevaba un vestido de tirantes y unos botines de plataforma. Era de noche y hacía calor. En la terraza de la galería encontré una barra de mezcales servidos en jarritos de barro, cogí uno y salí al patio. Me senté en una banca bajo una enorme buganvilia morada y de repente Dafne se acercó y se sentó a mi lado, aunque no volteó a verme siquiera. A continuación, sacó de su bolso una pipa y empezó a fumar. El suelo estaba lleno de pétalos de buganvilia. La boca de la pipa desprendía suaves volutas con olor a mariguana. La miré de reojo y observé que tenía una pequeña ave en vuelo tatuada en la pierna. “Es un albatros”, dijo, sin apartar la vista de las volutas.

Nuestras sesiones de taller empezaban con café y terminaban con alcohol. Siempre había alguien que llevaba una botella de mezcal, de tequila o de ron. Todos bebíamos excepto Inés. El alcohol volvía audaces nuestras críticas a los poemas del otro, nos daba valor para arrebatarnos la palabra, descalificar opiniones, destruir versos —buenos o malos— con amabilidad y compañerismo. Solo Inés callaba, le daba más por comerse las galletas o los pastelillos que habían sobrado; eso sí, tomaba muchos apuntes; llenaba páginas y páginas sin pausa alguna.

Cierto día el profesor Botey nos dejó de tarea llevar un diario personal durante unas semanas, su intención era trabajar con el material que surgiera del ejercicio llegado el momento. Inés se revolvió en su silla y, de forma inesperada, se animó a hablar. Dijo que no le sería posible, porque su marido acostumbraba a espiar todo cuanto ella escribía. Estaba roja de vergüenza. Por primera vez, tomó la botella y se sirvió medio trago.

—Antes tenía un diario escondido y él lo descubrió y lo leyó sin mi consentimiento; pasó tres meses sin hablarme, dijo en voz baja y se tomó el tequila de golpe.

No te voy a negar que me reí por dentro, quién demonios podría interesarse en leer el diario de Inés, y además, tuve la seguridad de que mis compañeros estaban pensando lo mismo.

—Bueno, cuál es el problema, dijo Florencia, —deja tu diario guardado aquí en casa de Martín... Tú no tienes inconveniente, ¿verdad, Martín?

Yo alcé las cejas y dije que no con la cabeza. Lo cierto es que me daba igual.

Así fue como Inés Alanís comenzó a escribir su diario en el taller y a dejarlo sobre la repisa inferior del librero de la sala.

La primera vez que Dafne vino a mi casa estaba lloviendo, lo recuerdo bien; era de esas lluvias ligeras y tibias. Traía una botella de vino tinto y una bolsa de pretzels. Estuvimos platicando toda la tarde sentados en el chéster, bueno, para ser exactos, ella estuvo hablando y yo escuchando. Dijo que tenía 26 años, aunque luego supe por una amiga que acababa de cumplir 19. También dijo que era performer y que su proyecto artístico más ambicioso era hacer de su vida misma un *happening*. Claro que cualquiera se hubiera reído de eso, pero yo estaba tan embelesado contemplando la forma en que movía sus labios, que ni siquiera reparé en lo bizarro de sus palabras.

—No sé, por ejemplo, mi cuerpo está lleno de pequeños secretos: entre el tercer y el cuarto dedo del pie derecho tengo tatuado un caballito de mar que solo puede ver quien yo decida. Y mira esto, —enseñó su preciosa dentadura y se señaló un rubí incrustado en un canino, —¿ves?

Dafne mojó una pretzel en la copa.

—Sabes ricas así, dijo, —prueba.

Yo contesté que no con la cabeza.

—A veces me dejo crecer los vellos de las piernas y los tiño de lila o de plateado, y eso hace que las personas volteen a verme y se salgan unos segundos de lo automático de sus vidas. No sé si me entiendas. O me acuesto sobre una banqueta transitada a una hora pico y la gente tiene que saltarme para poder pasar, me han dado muchos pisotones por ir viendo el celular. En fin, digamos que mi materia prima es el desconcierto. Dafne sonrió y dio golpecitos a su copa con las uñas.

—Y tú, ¿a qué te dedicas, Martín?

Le di un largo trago al vino y luego dije tratando de sonar indiferente:

—Soy poeta.

Acto seguido, me sentí el tipo más chusco de toda la ciudad.

Dafne ya se había ido de mi vida cuando comencé a leer el diario de Inés Alanís, creo, o ya no estoy seguro. Tendría que hacer cuentas. Los primeros días sin Dafne fueron muy amargos, o mejor dicho, fueron días vacíos, eso es..., vacíos de minutos, de rituales, de sonidos, de las cosas pequeñas que uno hace cuando está bien, tú me entiendes... dar las gracias, afeitarse, contestar el teléfono. Solo quería estar acostado. El problema es que sentía como si mi almohada estuviera rellena de nieve; aquella fue una primavera demasiado invernal. No sé ni cuánto tiempo dejé de abrir la librería. Casi me voy a la quiebra. Mi terapeuta terminó por recetarme prozac, yo le dije que no pensaba tomar pastillitas mágicas, pero un día, afeitándome frente al espejo, me hice un pequeño corte con la navaja, las gotas de sangre que cayeron sobre la espuma

me dieron vértigo. Un vértigo cálido y terminal. El corazón se me aceleró tanto que solo atiné a limpiarme la cara y salir a toda prisa a conseguir el medicamento. Y es curioso, porque a partir de entonces comencé a escribir; lo que estaba matándome acabó por revivirme. Sigo sin entender por qué la quise tanto. Creo que más bien tenía miedo de que ella fuera la última puerta a ese mundo en el que yo quería vivir. Y quizá el miedo siga ahí, dormido en alguna parte.

Cierta vez leí en clase uno de mis poemas y sin querer noté que Inés Alanís reprimió una risita burlona. A partir de ahí empecé a observarla con curiosidad y caí en cuenta de que medía cada palabra que pronunciábamos. Prestaba especial atención a lo que decía Florencia y miraba su escote y su boca pintada de rojo con discretísimo desprecio. Una noche, mientras bebía con Flavio y Óscar en la cantina cerca de mi casa, traté de poner ese tema sobre la mesa, pero ellos no mostraron interés.

“A veces, de la nada, se aparecen las mariposas negras que dejaste atrapadas en el armario. Alguna se posa en el cuello de mi camisa. ¡Oh, su gemido! Toca mi garganta como pluma de búho, como grano de aire, como navaja de afeitar llena de espuma la mañana de un lunes frente al espejo. ¿Todavía llevas el albatros dibujado en el pie? Déjalo que vuele a la costa antártica, de ahí son esos pájaros. Una vez vino a verme, lo vi parado tras el cristal de la ventana y le di a comer las mariposas que abandonaste, solo cogió una y echó a volar. Carne de mariposa para el desayuno. Jugo de mariposa. Ven tú un día, no mandes pájaros en tu nombre. Tengo vino espumoso y cubitos de hielo para ti, por si llegas sedienta. Solo recuéstate en el chéster, sin hablar, no tienes que mirarme, ni siquiera...” Aún no terminaba de leer mi texto y el profesor Botey ya estaba señalando mis errores con gran amabilidad;

fue entonces que Inés rio para sí. A continuación, Óscar me aconsejó que lo reescribiera y de paso le quitara el exceso de mariposas. Florencia dijo que lo del jugo le producía un no sé qué nauseabundo, y Flavio preguntó si el vino espumoso no resultaba anticlimático.

Sus críticas no me hirieron como antes, me mantuve incólume por dos sencillas razones: una, todo el prozac que había tomado en la semana; dos, sabía que el número de mariposas era el exacto. No es que las hubiera contado, simplemente lo sabía y punto.

Dafne y yo hicimos el amor solo una vez. Y fue una especie de accidente. Ella estaba sentada en el chéster hablando de un proyecto:

—No voy a platicarte de qué se trata, tú busca la nota en los periódicos, dijo.

Esa tarde traía unas largas pestañas postizas de color rosa. La ventana de la sala estaba abierta y el aire erizó sus pezones. Yo la miraba sin mirarla, y sentía en mi cuerpo un mar lleno de medusas que avanzaba y se replegaba una y otra vez; pensaba en cosas tibias y pegajosas; en el rubí incrustado en su diente; en las orillas espumosas de su saliva. Dafne se dio cuenta de mi estado y su vanidad comenzó a subir como leche hirviendo. Entonces tuvo el capricho de convertirme en su público. Improvisó para mí una pantomima de gato acorralado. Su cuerpo se movió lleno de gracia y su cara dibujó una felicidad oscura y frágil. Estuvo luchando contra una caja de cristal imaginaria, hasta que la rompió y se sacó su vestidito de tirantes con un solo movimiento. Su desnudez brillaba con la luz de la tarde. Se acercó a mí con pasos de felino doméstico. Tenía el vello del pubis depilado en forma de manzana mordida. Oí a lo lejos una risa suave y jubilosa que brotó de mi garganta. Dafne me invitó a tocarla con un gesto.

Cerré los ojos y empecé a recorrer sus huesos de terciopelo con la yema de los dedos. La carne se le erizó. Puso sus labios en forma de O y se sentó en mí, moviéndose despacio, así descubrí el piercing que tenía en el clítoris. El aire seguía entrando por la ventana. Dafne entrelazó las manos detrás de su nuca sin dejar de moverse, mirándome con sus pestañas rosas, como si mirara displicente a un público sediento de sus jugos sexuales. Sigo guardando en mí todos esos minutos. Si alguna vez llegas a vivir una cosa preciosa, haces lo que sea por no olvidarla, ¿estás de acuerdo?

Cuando despegó su cuerpo del mío, me ordenó que le sirviera una copa de vino. Fui a la cocina por una botella de Monte Xanic y cuando volví la encontré recostada en el chéster con las piernas entreabiertas; la punta del piercing se insinuaba entre sus labios como una alhaja cósmica.

—Esto no fue algo personal, los dos lo sabemos, ¿verdad?, fue un performance íntimo, a veces lo hago con la gente que me vibra bien, dijo sonriendo con ternura, —es para darle encanto a la vida.

Acomodó su cabeza entre los cojines y comenzó a beber el vino sin levantarse, luego dijo que podía mirar su piercing cuanto quisiera y abrió un poco más las piernas. Ese recuerdo me abrasó y me dolió mucho tiempo. Aquella noche dejó una media olvidada al marcharse. Es la media que guardo bajo la almohada. A veces la huelo, o la aprieto en un puño y duermo con ella.

“Me acuerdo muy bien de ese momento porque la estación del metro tenía un intenso olor a cebollas. Bajé del vagón y eché a andar por el andén sin saber exactamente qué rumbo tomar. En el exterior me encontré con una multitud de gente caminando hacia el mercado Saboya. Me adentré en los pasillos atestados de puestos que vendían sales negras, yerbas, pájaros

disecados, ungüentos, inciensos, muñecos de vudú, amuletos y estampas de la virgen. A cada paso me ofrecían adivinarme el futuro: babalawos, tarotistas, cartomancianas, lectores de café, lectores de todo. Por fin di con el puesto que buscaba: compré una dosis de estriquina y una infusión para eliminar los síntomas de envenenamiento, casi no tuve que hablar, la encargada comprendía a sus clientes con solo mirarlos a los ojos. De regreso, bajé las escaleras del metro pensando en Toño y en su manera de burlarse de las cosas que vivíamos juntos. Me duele darle una lección tan dura, pero lo que me ha hecho lo merece, qué duda cabe. 31 de marzo de 2017. Taller del profesor Botey. Inés Alanís”. Cerré el cuaderno con cierta confusión. Me pregunté si las cosas que escribía eran reales, o solo se trataba de un ejercicio para las clases.

Días más tarde busqué a Dafne en las páginas de los diarios y ahí estaba. La noticia de su debut formal como artista del performance acaparó las secciones de cultura. Había hecho construir una jaula de tamaño humano que ella misma diseñó; una jaula de hierro forjado pintada de blanco. En el interior puso un columpio y dos recipientes: uno para agua y otro para semillas. Hizo instalar la jaula en el centro del mercado de la plaza principal y se encerró ahí durante la vendimia, con su *body painting* de pájaro. Las amas de casa introdujeron fruta para alimentarla. Algunos señores se quedaron horas tras los barrotes contemplando su desnudez. Dafne no se inmutaba, de cuando en cuando bebía un poco de agua pegando la boca al recipiente o hundía los labios en el cuenco de semillas simulando un pico, después volvía al columpio a mecerse. Al final del día, quedó rodeada de zapatos impares, botellas rotas, cáscaras, flores, monedas, pañuelos húmedos, caramelos, un recado que decía “cásate conmigo” y otro que decía “haz algo de provecho, maldita zorra”. Pensarás que la escena es



absurda, y estoy de acuerdo contigo, pero, aunque no me lo creas, ese performance la catapultó a la fama. A partir de ahí, todo mundo comenzó a hablar de Dafne Santobeña.

Y ella caía en mi casa sin avisar, con su botella de vino y sus pretzels y se reía divertida de todo lo que estaba viviendo. No sé de dónde se le ocurrió que podíamos ser amigos, si lo único que yo sentía por ella era una pasión cada vez más amarga.

Una tarde, Florencia Cosío dijo en el taller que el amor era para los imbéciles, a continuación dio un sorbo a su café con sus habituales aires de superioridad. La cosa es que en su taza había caído una mosca que le quedó pegada en los labios pintados de rojo cereza sin que ella se diera cuenta. No pudimos contener las carcajadas. Florencia cogió sus cosas y se retiró indignada; sin embargo, al llegar a la puerta lo pensó unos segundos y regresó a la mesa. “Está bien, soy un plátano podrido, no me pelen, por favor”, dijo con una sonrisa forzada. Entonces yo también tuve la sensación de ser un plátano podrido y así seguí toda la sesión.

Al terminar, Óscar y Flavio se quedaron conmigo. Salimos a un bar y tomamos cerveza hasta muy noche. De regreso a mi casa, abrí sin querer el diario de Inés Alanís. O quizá no fue sin querer, quizá fue porque le había agarrado animadversión y quería hurgar entre sus cosas para encontrar algo con qué burlarme de ella... “Todos mis compañeros son unos cretinos, pero Martín da risa; dicen que está enamorado de una niña. Pobre lagartón, que alguien le avise que no es más que un rabo verde. 21 de abril de 2017. Taller del profesor Botey. Inés Alanís”.

Una mañana salí a caminar por la ciudad. Me encontré con un perro tratando de cruzar la calle. Los autos pasaban pitando a su lado. El animal tenía en los ojos una revoltura de

terror y desconcierto. Si tan solo hubiera comprendido cómo funcionan los semáforos. Así me siento a menudo con las cosas de mi vida. No entiendo con claridad las señales. ¿Te ha pasado? Dafne se iría a Nueva York, le habían dado una beca. Fue por un performance que hizo en la avenida Andalucía. Se disfrazó de Lilith y cruzó el paso cebra en luz verde con los ojos vendados, una y otra vez, ofreciendo manzanas a los automovilistas. La policía se la llevó detenida por unas horas. Cuando la liberaron, la prensa local la asedió con fotos y preguntas estúpidas. Ella se ríe de los semáforos de la vida porque los entiende. A mí solo me confunden, nunca sé qué hacer con los colores.

Dafne, mi Ras Algethi, mi visión de granja, mi umami, ¿por qué corres tras las cosas más absurdas? No te vayas, mi casa quedará llena de nieve: el chéster, la alfombra y la mesita de noche amanecerán cubiertos de cristales de hielo. Tienes los ojos tan llenos de ternura y ni siquiera lo sabes. No vayas a llorar en el aeropuerto, tus pestañas rosas podrían estropearse. Solo coge tu maleta y sube al avión.

“Ayer le di la estricnina al perro en un trozo de carne y lo hice tomar la infusión endulzada con miel para eliminar los síntomas de envenenamiento. Empezó a descomponerse a los pocos minutos. Llamé a mi marido gritando. Cuando llegó, al perro ya se le estaban apagando los ojos. Toño se llenó de zozobra y me rogó que llamara al veterinario. El perro se contrajo en un ovillo, su cara tenía un sufrimiento afilado y dócil. Miró a Toño con los ojos mojados y comenzó a asfixiarse. Toño lo tomó en sus brazos y comenzó a llorar como si fuera un niño. El perro murió. Yo me acerqué a Toño y le llené la cabeza de besos. Hacía tanto que no besaba a mi marido. Lo apreté contra mi pecho y sentí cómo se sacudía por el llanto. ‘Todo va a estar bien, mi amor, yo te voy a cuidar’,

le dije; no contestó, los sollozos no lo dejaron hablar. Toño amaba a ese animal. Tenía 6 años viviendo con nosotros. Al final, su partida me dolió más de lo que calculé, ni hablar, era necesario que Toño pagara lo que me había hecho. Y es que si me hubiera sido infiel con cualquier otra mujer, lo habría soportado mejor, pero por qué precisamente con ella. De verdad que cuando Toño quiere lastimarme, sabe bien cómo hacerlo. Ahora que pague con su perro. 9 de mayo de 2017. Taller del profesor Botey. Inés Alanís”.

Ese martes, el profesor Botey se excedió con los mezcales. Óscar y Flavio tuvieron que bajarlo en volandas por las escaleras y ponerlo en un taxi. Estaba muy molesto, se empeñaba en explicar por qué *Déjala que me muerda* era un libro fundacional y, aun así, la crítica se negaba a aceptarlo debido a turbios intereses institucionales. A Inés le brillaban los ojos de júbilo frente al triste espectáculo. Una vez que el profesor Botey se marchó, Óscar y Flavio volvieron a mi departamento a seguir bebiendo. Flavio se pasó la noche hablando de la poesía de Saint-John Perse. “Ese poeta ni es inglés, no nos jodas”, dijo Óscar, y encendió un porro. Yo preferí guardar silencio, solo quería pensar en Dafne y en lo insustancial que se había vuelto la ciudad sin ella.

Ya no estás acá, señorita piercing oculto en tu tanguita de ocelote, aunque sí estás, de algún modo sigues en esta casa.

Cuando Óscar y Flavio se marcharon, fui hasta el librero y saqué el cuaderno de Inés. Era un cuaderno de pasta dura forrado en piel color vino. Me senté en el chéster y lo hojeé, examinando su desequilibrada caligrafía.

“Desde que el perro murió, mi esposo ha estado decaído. A veces me mira de manera rara y a mí se me acelera el corazón, porque siento que sospecha algo. La otra vez dijo que le gustaría hacer un viaje en solitario. No le contesté. En

la noche le llevé a la cama un té y una rebanada de su pastel favorito; ni siquiera tocó la bandeja. Sé que el incidente del perro terminará por quedar atrás, es cuestión de tiempo. A veces siento un ligero remordimiento, y aun así lo volvería a hacer, ni modo que hubiera dejado las cosas como estaban. Matar al perro era lo justo: él sufría unos días y yo me sacaba la estaca que me clavó en las tripas. Quizá perdamos todo lo que construimos entre los dos cuando esto pase, pero al menos seguiremos juntos. 16 de junio de 2017. Taller del profesor Botey. Inés Alanís”.

Dafne vino a la casa a despedirse. Dijo que Nueva York era un cliché y que ella amaba los clichés. Traía unos lentes de contacto color naranja. Se sentó en flor de loto sobre el chéster y dijo:

—Tú qué, Martín, ¿cuáles son tus planes?

A cierta altura de la vida esa pregunta suena a una abierta declaración de hostilidad, quizá ya lo hayas experimentado, y si no, créeme, un día comprenderás de qué hablo. Dafne abrió la bolsa de pretzels y la vació en un tazón. Luego llenó su copa de vino y comenzó a beberla en pequeños sorbos. En realidad, yo no tenía ningún plan, así que no contesté. O sí lo tenía, pero no quería hablar de él. Era un libro que estaba escribiendo no para ella, aunque sí a causa de ella. Ese era mi plan, eso era lo único que tenía para protegerme del agrio tsunami de la existencia. Qué patético, ¿sí o no? Un putito libro que seguramente nunca nadie iba a molestarse en leer.

—¿Ya tienes tu maleta hecha, Dafne?

Antes de marcharse para siempre, dejó sobre la mesa los poemas que le di un par de meses atrás y dijo que no los merecía. Cuando cerró la puerta, tomé las hojas y las quemé con el encendedor. Dafne se perdió calle abajo, con sus botas de plataforma y su vestidito de tirantes.

“Hace mucho tiempo que mi marido no me toca. Sigue con lo del maldito perro. Le pregunté si estaba viéndose con esa mujer y lo negó con un gesto indiferente. Debo pensar en otras medidas para retener a Toño. Ayer, mientras cenábamos, se me ocurrió decirle que ya no quería usar ropa interior y solo se encogió de hombros sin contestar. No mostró ni una pizca de celos. Hoy vine a la clase sin sostén y nadie pareció darse cuenta. Estos pobres diablos están acostumbrados a ignorarme. 7 de julio de 2017. Taller del profesor Botey. Inés Alanís”.

Es chistoso porque el prozac me hace florecer y me marchita al mismo tiempo. Todas las noches me quedo hasta muy tarde trabajando en los pendientes de la librería y, en cuanto termino, avanzo en los poemas de mi libro, no sé si es malo o si es bueno, solo sé que necesito seguir escribiéndolo.

“Quién pudiera sacarte de tu jaula, señora pájaro, quién pudiera fabricar para ti unas alas de albatros. Los seres con alas nunca huyen, emigran, sí, pero no huyen porque no lo necesitan. No he podido dormir, quizá se deba a la nieve de mi almohada. Antes salían mariposas negras por toda la casa. Ahora ya no. Todas se han ido. Todas menos una que clavé en la pared con una aguja. Y sigue viva, ¿eh? A veces me despierta a medianoche con sus gritos. Yo simplemente la ignoro y meto la cabeza bajo la almohada fría. Gritos de mariposa. En el primer café de la mañana voy a verla, pero nunca la toco para que no me manche con su polvo negro. Parece un ángel de carbón. El conserje del edificio dice que ya está muerta, y sí, ¿eh?, no me explico por qué sigue gritando de noche. Ven un día por tu puta mariposa, señora pájaro, yo ya estoy harto de escuchar su lamento”.

—¿Y a quién está dedicada esta cosa, querido Martín?, preguntó Florencia Cosío cuando terminé de leer.

—A nadie, contesté.

Los demás fingieron tomar notas, sin decir nada, luego se miraron unos a otros con cara de circunstancias.

El profesor Botey se limitó a encender un Marlboro.

“La clase de hoy fue incómoda, Martín no paró de voltear a verme los pechos, es obvio que notó que no llevaba brasier. De pronto me asaltó la duda de si estaría leyendo mi diario. Sería algo imperdonable. Espero equivocarme. Quizá deba guardar mi cuaderno en otro sitio. 18 de agosto de 2017. Taller del profesor Botey. Inés Alanís”.

¿Pero esta tipa está loca? Yo jamás le vi las tetas. O eso creo. Me acordaría, estoy seguro.

Dafne escribió desde Nueva York. Dice que fue a caminar a Central Park, quería escuchar la hojarasca del otoño crujir bajo sus botines de plataforma. Me asomé por la ventana de mi departamento y noté que la tarde era más gris de lo habitual. El corazón se me encogió. Mi terapeuta está más optimista conmigo. La mariposa clavada en la pared ya casi no grita. El profesor Botey me regaló su poemario *Déjala que me muerda*; fue la clase pasada; lo hizo con toda discreción, me llamó a la cocina para estar a solas conmigo y me rogó que no se lo dijera a nadie. El libro es imposible de conseguir actualmente, aun así el profesor quiso que yo lo tuviera. Dijo que el sexoexistencialismo podía hacer mucho por mi escritura. Luego me dio un fuerte apretón de manos y me miró con cierta conmiseración. Esa misma tarde, Inés Alanís leyó por primera vez uno de sus textos. Tenía la voz temblorosa y las mejillas enrojecidas. La examiné con disimulo y me di cuenta de que esa tarde tampoco llevaba brasier; los pezones se le marcaban bajo la blusa. Me serví un tequila para distraerme y no mirarla. Su poema era malo, la verdad sea dicha. Hablaba del dolor de ser invisible o algo así. Cuando todos se fueron,

releí el mensaje de Dafne y me puse a escribir hasta muy tarde. “¿Ya saben en Nueva York del piercing que escondes en la piel, señora?”. Me fui a la cama pasadas las cuatro de la madrugada.

“El sábado tuve sexo con mi vecino. Sucedió sin pensar. Coincidimos en la azotea del edificio y ahí pasó todo. Regresé temblando al departamento, sentía que Toño iba a darse cuenta con solo mirarme. Ayer subí a pedirle que por favor no se lo contara a nadie; él me miró con una risita mojada y metió su mano entre mis piernas. Volvimos a hacerlo en la cocina. Por la noche, tuve la vaga sensación de que me estaba cansando de perseguir el amor de Toño; la frialdad es agotadora. 29 de septiembre de 2017. Taller del profesor Botey. Inés Alanís”.

Una vez Dafne consiguió un coche y de la nada llegó a mi casa y me pidió que la acompañara a ver a su mamá. Tomamos la carretera federal 95. Guardó silencio casi todo el trayecto. A veces subía el volumen de alguna canción y cantaba con voz desafinada y triste. Sacó de la guantera un ánfora de plata y bebió. Después me la extendió y dijo: “bebe tú también, anda”. Era un aguardiente dulzón que me escoció la garganta. A la altura del kilómetro 16 tomó un camino de terracería en medio de un bosque. La mañana estaba nublada y algo fría. Unos minutos después llegamos a una vieja casona cercada por un muro de piedra volcánica. Era un centro de salud mental. Dafne cogió la caja de galletas y las flores del asiento de atrás.

La señora estaba sentada en la última mesa de un jardín sombrío. El cuello de su bata blanca se mecía ligeramente con el viento. Dafne se acercó a ella, la tomó de las manos y le dio un beso muy largo en la frente. La señora siguió con la mirada fija en la lejanía. Los cabellos le caían enmarañados por los hombros. Tenía la boca apretada en un mohín. Dafne sacó un

peine de su bolso y comenzó a desenredarle el pelo. Yo no sabía bien qué hacer; recordé unas pastillas de menta que traía en el bolsillo de la camisa y les ofrecí, pero no me prestaron atención. La señora estaba pálida. En sus ojos hundidos había una belleza prehistórica. Dafne comenzó a tararear una canción para ella. Ató su pelo y lo adornó con las flores que había traído.

En la recepción nos dieron un permiso para salir a caminar por el bosque. Llegamos hasta un riachuelo. La señora se agachó para tocar el agua y se quedó un buen rato escuchando el murmullo de la corriente. Luego recogió unos guijarros para Dafne, siempre callada, nunca pronunció la menor palabra.

De regreso a la ciudad, Dafne encendió la radio y comenzó a cantar de nuevo... *y es que el grito siempre acecha, es la respuesta, y aún hoy solo el grito y la ficción consiguen apagar las luces de mi negra alerta...* De pronto se detuvo en el acotamiento y bajó del coche, se puso en cuclillas y comenzó a llorar en silencio, con la cara escondida entre las manos. El llanto sacudía su cuerpo con delicada violencia. Yo me quedé parado detrás de ella sin decirle nada, aunque rocé su pelo con un dedo para que supiera que estaba ahí, acompañándola.

“Mi marido ya sabe que yo maté a su perro. Se lo dije yo misma ayer en la noche cuando me acerqué a él para besarlo y me apartó con brusquedad. Comenzamos a decirnos cosas y terminamos a los gritos. Se puso como un loco. No sé, tengo miedo. 13 de octubre de 2017. Taller del profesor Botey. Inés Alanís”.

Ese martes al mediodía tuve cita con el doctor, en cierto punto de la consulta los dos nos reímos, porque, al principio, yo le insistía en que me quitara el prozac lo antes posible y ahora le insistía para que no me lo quitara. Volví a casa de



mejor ánimo. Lavé los trastes acumulados, ordené la recámara y aspiré la alfombra. Después de almorzar, me senté un rato a revisar las finanzas de la librería; al finalizar mis tareas contables, leí el libro de John Milton que Flavio me había prestado... *¡Cuánto brillo, reflejo de su vida! / Pero ¡ay! que se inclinó para abrazarme / y desperté y vi en noche envuelto el día.*

Sobre las seis de la tarde llegó el profesor Botey. Preparé una jarra de café. Luego fueron llegando los demás compañeros, excepto Inés Alanís. Ese día no se presentó al taller, era la primera vez que faltaba. A nadie pareció importarle. El profesor Botey fue el único que hizo algún comentario vago al respecto cuando acabó la clase, entonces Florencia Cosío dijo fingiendo una voz malévola que podíamos aprovechar la ocasión para leer su diario. Todos se rieron menos yo, solo sentí que me sonrojé de golpe. Me levanté y fui a la cocina por un vaso de agua, me abochornaba que pudieran sospechar de mí. El vaso se me resbaló y cayó al suelo; el agua y los vidrios se regaron por todas partes. Tuve que ir al cuarto de lavado por un trapeador. Sequé el agua y me agaché para recoger los vidrios. Florencia entró a la cocina de repente y preguntó si me encontraba bien. Levanté la cara y la vi parada en la puerta, estaba mirándome fijamente, en sus ojos había una risita cínica. ¿No las odias cuando hacen eso?, y es que son expertas, en ese momento habría dado todo por ser mujer y poder soltarle un puñetazo sin más trámites.

Hacia las diez de la noche ya se habían ido todos. Comenzó a caer una llovizna fría. Estaba lavando las tazas de café y las copas de vino que quedaron del taller cuando sonó el timbre. Abrí la puerta y me encontré con que era Inés Alanís. Traía el pelo deslavado por la lluvia y un ojo morado tras sus lentes de pasta. Ni siquiera supe qué decir. La dejé pasar porque no se me ocurrió otra opción.

Estuvo hablando de cosas inconexas casi dos horas. Incluso me pidió que le sirviera una copa. Escuché cosas de su marido, de su poesía, de su abandono como mujer y como escritora, del menosprecio que todo mundo le demostraba.

No le puse la atención debida, estaba distraído con mis propios asuntos; sin embargo, noté que llevaba unos zapatos de tacón muy altos y medias rosas. Entonces recordé aquel pasaje que escribió sobre su negligé recién comprado y sus ganas frustradas de tener sexo. Cuando terminó de hablar, supuse con alivio que iba a marcharse y, en lugar de ello, me suplicó que la dejara dormir en mi casa. Dijo que no tenía otro lugar a dónde ir y se cubrió la cara para llorar.

Saqué una almohada y una frazada, la extendí sobre el chéster y le dije que podía pasar ahí la noche. Apagué la lámpara y me fui a mi cuarto. En el pasillo pensé, con cierta dosis de culpa, que lo poco interesante de aquella mujer estaba en las líneas de su diario, porque en la vida real, no era más que un prolongado bostezo.

A medianoche soñé con Dafne, la soñé manejando por un bosque de árboles marchitos, de pronto la veía por el retrovisor y descubría reflejado el rostro de Inés. Antes de la madrugada, Inés Alanís se metió en mi cama. Pegó sus pechos mullidos a mi espalda. La sensación de sus pezones tibios y endurecidos me fue despertando poco a poco. Su cuerpo era como un león marino humedecido en busca de calor. Su carne blanda se derramaba sobre el colchón y su respiración entrecortada me quemaba la nuca.

Tuvimos sexo. Sus besos sabían un poco a desesperación. Después se quedó dormida y empezó a roncar suavemente. Encendí la luz para mirarla, quería ver si traía la lencería rosa de su diario. Sin querer, busqué en su cuerpo los secretos de

Dafne y como no hallé nada me sentí desdichado. La puta mariposa comenzó a gritar de nuevo.

A la mañana siguiente ya se había ido, pero dejó su cuaderno abierto sobre la mesa.

“No fue un error, fue un amoroso salvavidas. No para mí, sino para los dos. Tú y yo lo sabemos. 24 de noviembre de 2017. Inés Alanís”.

Por la noche volvió con una maleta y se instaló en mi casa. Ya lleva tres días aquí. Casi no he podido dormir. Me la paso pensando cómo decirle que tiene que marcharse.



SU BOCA OLÍA  
DESPACITO A  
MENTA



**OTRA VEZ HABÍA PLUMAS NEGRAS** entre las sábanas. Y otra vez sentí esa náusea dócil y perfumada subiendo hasta mi garganta. Salí de la recámara a buscar un vaso de agua. La luz de la farola que se colaba por la ventana llenó el pasillo de sombras. Entré a la cocina y abrí el grifo. Creí que el sonido del agua me tranquilizaría, pero no fue así. Metí los dedos bajo el chorro frío y me quedé unos minutos ahí, pensando si alguna vez se acabaría todo esto. Luego me mojé la cara, pero entonces la náusea me pegó más fuerte. Abrí el refrigerador, saqué un cubo de hielo y lo mastiqué como si fuera una golosina. Me senté en el piso, los azulejos estaban más fríos que el cubo de hielo. Escuché la sirena de una ambulancia a lo lejos y pensé en mi madre, siempre decía que si escuchabas una sirena, tenías que tocar un botón de tu ropa si no querías que te llegara una desgracia. Un dolor relampagueó en mis dientes y la náusea se apagó poco a poco. Regresé a mi cuarto sin encender la luz, no quería volver a ver otra pluma tirada por ahí. Sé que siempre te estoy hablando de las malditas plumas, yo mismo estoy harto de ese tema, pero qué quieres que haga, si no han dejado de aparecer por el departamento, para mí que se cuelan por la zotehuela. Volví a la cama y sacudí las sábanas una y otra vez, hasta que me ganó el sueño.

A las seis en punto sonó el despertador. Abrí los ojos en automático y escuché que llovía. Antes me gustaban las mañanas lluviosas pero, desde que Selene se largó, les tengo

tirria, me encabronan y al mismo tiempo me dan ganas de enrollarme en la cobija y esconderme de todo. Aún estaba oscuro, los primeros cláxones de los automóviles empezaban a pitar desde la avenida. Fui a la cocina a poner café y, a medio pasillo, sentí un impulso por regresar a revisar las sábanas. Entonces descubrí una mancha que se estaba formando en una esquina de la sala a causa de una gotera. Di media vuelta y caminé a la zotehuela; según yo, ahí tenía una bolsa de yeso para reparar fugas, pero seguí pensando en las plumas negras, qué quieres que haga; volví a la cama, tomé las sábanas y las sacudí con todas mis fuerzas en la ventana; después de un rato, vi algunas plumas flotando entre la llovizna, eran muy pequeñas, pronto se perdieron en la luz grisácea de la mañana.

Me tomé el café en la taza de Selene, hasta tiene su nombre. Ya debería tirarla. La otra vez puse todas sus cosas en bolsas de basura y las saqué a la calle, pero a medianoche me desperté y volví por ellas. Las acomodé de nuevo justo donde Selene las dejó. Por favor no te preocupes por eso, cuando menos lo esperes ya las habré tirado, ahora sí en serio, dame tiempo.

Salí al trabajo con veinte minutos de retraso, culpa de la lluvia, el Chevy no quiere encender si el clima está húmedo, es algo de la transmisión. En el periférico, un coche deportivo pasó a velocidad alta y salpicó el agua encharcada, toda se metió por la rendija de la ventanilla y me mojó la cara y el cuello de la camisa. No llevaba un pañuelo a la mano, tuve que secarme con la manga y seguir conduciendo. El rechinado de los limpiaparabrisas me enfureció, no sé por qué tuve la estúpida sensación de que se burlaba de mí.

Creí que llegaría tarde a la biblioteca, pero no fue así, incluso pude fumarme un cigarro bajo el encino de la esquina. Ya no llovía. La señora de los periódicos estaba terminando de acomodar su puesto. Nunca me ha caído bien, no sé si por



su pelo pintado de negro azulado o su mirada ligeramente siniestra. A veces creo que sabe lo que hicimos el doctor Alcubierre y yo. Volteó a verme como si fumar fuera un pecado infame. Le di una calada onda a mi cigarro y lo apagué contra el tronco del árbol. Cuando pasé al lado del puesto escupí sobre la banqueta. El pavimento seguía mojado y las casas se veían sombrías.

Antes de lo sucedido con el doctor Alcubierre, una de mis funciones en la biblioteca era atender al público, después me vi forzado a trabajar temporalmente en el programa de alfabetización para adultos, ahí enseñé a leer a gente ya vieja, es un trabajo que me desespera, porque extraño mis libros. Hace dos meses logré que me regresaran a mi puesto, pero una tarde creí ver al doctor Alcubierre buscando un libro entre los estantes y el episodio me causó un colapso nervioso, mi jefa no tuvo más remedio que mandarme de regreso a casa. Después supe que no era él, fue mi conciencia jugándome una mala pasada. Bien mirado, todo es culpa de Selene, si no hubiera desaparecido así, mi vida no sería esta carretera hacia ninguna parte.

Colgué mi impermeable en el perchero y vi una plumita cayendo en la alfombra, suave, como una mariposa recién nacida. Una mariposita negra. De camino al salón de clases una gota de sudor me resbaló por la espalda. Y eso que hacía frío. Con el afán de ahuyentar las ideas desagradables que comenzaban a brotar en mi cabeza, me puse a pensar en que llegando a casa tiraría la taza de Selene, incluso se me ocurrió que lo ideal era romperla, así no me sería posible recuperarla ni queriendo, bastaría con dejarla caer desde la encimera. Entré al salón y mis alumnos me observaron con disimulo. “¿Qué pasa?”, les pregunté. Todos bajaron la mirada, excepto la señora Delia, que se quedó viendo el cuello de mi camisa

con un gesto de desaprobación. Entonces me acordé del deportivo que me salpicó el agua encharcada del periférico.

Hacia el mediodía hubo un poco de sol. Aproveché el receso para salir a fumar. Caminé hasta el encino de la esquina y de pronto vi al doctor Gustavo Alcubierre hablando con la señora del periódico, los dos me miraron de reojo. El corazón me latió con dolorosa violencia, pero seguí adelante como si nada sucediera; al aproximarme, noté que no era el doctor. Últimamente me pasa seguido, lo veo en todos los hombres que llevan gabardina gris y un sombrero Fedora como el suyo. Más motivos para odiar la lluvia, por si hicieran falta. Tú siempre dices que el doctor Alcubierre no va a volver jamás, y aunque sé que tienes razón, sigo preocupado. A veces sueño que entra a mi departamento con una llave propia. Su capacidad para hacer daño es inagotable. No me avergüenza admitir que tengo miedo. Selene decía que el miedo es como un palomo ciego que quiere volar y no puede, y entonces se queda ahí, parado en donde está, esperando que un viento llegue y lo barra. Y yo estoy en esas, esperando ese maldito viento con impaciencia.

Ya sabrás lo que pasó cuando volví del trabajo. Tomé la taza de Selene y la puse en el filo de la encimera, luego comencé a empujarla con el dedo corazón poco a poquito, y cuando volcó por fin, sentí que en mi estómago se formó un agujero y empezó a succionarme; en el último milisegundo metí la punta del pie para evitar que la taza se hiciera añicos, fue un reflejo que me jugó en contra. La taza rebotó tres veces y perdió la oreja, pero quedó entera, de modo que la sigo usando. Si te soy franco, todavía creo que Selene volverá alguna vez, no importa si tarda años, el tiempo es lo de menos, yo voy a estar aquí en el departamento, esperándola. No sabes cómo lamento haberle causado esa herida atroz, no solo a

ella, sino a toda su familia. Resentimiento puro. Estaba ciego de rabia por su abandono, ¿sabes?, sentía que nunca iba a ser capaz de querer a nadie como la quise a ella.

Selene y yo nos conocimos en el último año de la preparatoria. Me acuerdo de que al principio me caía mal, sobre todo cuando se pintaba las uñas a media clase de matemáticas y dejaba un olor a barniz que ya no se iba en todo el día. Además se ponía a leer revistas Anime y no hablaba con nadie. Un día salí a tomar el sol a la explanada de la escuela, ella llegó de pronto y se sentó a mi lado sin voltear a verme, luego sacó una ocarina tallada de color rosa y se puso a tocar música andina. Música andina, qué bizarro me pareció entonces.

A pocos días de que Selene desapareció, conocí al doctor Gustavo Alcubierre. Empezó a ir a la biblioteca todos los jueves. Siempre caminaba, con las manos metidas en su gabardina, hasta la sección de religiones antiguas y se pasaba horas en una de las mesas individuales junto al ventanal, tomando apuntes en un cuaderno grueso y desvencijado. En ningún momento se quitaba ni la gabardina ni el sombrero fedora. Escribía con una pluma estilográfica Scriveiner, su caligrafía era sobria y contenida. El doctor Alcubierre tenía el pelo gris, la piel pálida, las mejillas hundidas y un parche negro en el ojo izquierdo. Me llamó la atención desde el primer día, claro, pero no por su singular apariencia, sino porque pidió en préstamo el *Bardo Thödol*. Nadie, en los seis años que yo tenía al frente de esa sección, había pedido ese libro. Supe después que el doctor había llegado del Tíbet hacía un mes, después de muchos años de vivir ahí, y estaba escribiendo una tesis doctoral sobre *El libro tibetano de los muertos*.

Una ocasión en que la biblioteca estaba vacía, el doctor me sorprendió fumando mariguana tras el mostrador. El hecho me avergonzó profundamente, pero en vez de esconder la pipa, le

di una calada más, arriesgándome a ser denunciado y perder mi empleo. Esa noche la tristeza me sobrepasaba. El doctor no dijo nada, pero notó que algo andaba mal. Tenía cuatro días sin saber de Selene, ya había ido a buscarla a casa de sus padres y nada, tampoco sus amigos sabían de ella, o quizá sí, pero no querían decirme. El humo de la pipa se me fue chueco y comencé a toser sin control. El doctor Alcubierre se apresuró a conseguirme un vaso de agua y estuvo conmigo hasta que recuperé la calma, pero no pronunció palabra alguna. Cuando llegué a mi casa, revisé con minucia las pertenencias de Selene, estaban intactas, también leí sus papeles y sus cuadernos sin poder encontrar la menor pista. Por más que revolvía en los cajones de mi cerebro, no logré comprender por qué se había ido así, sin avisar, sin dejar una nota siquiera. La siguiente vez que vi al doctor Alcubierre, me acerqué a su mesa y le di las gracias, la voz me salió temblorosa; él me miró a los ojos un segundo, te juro que fue solo un segundo, y algo vi en sus pupilas que me dejó lleno de inquietud el resto del día. No sé explicártelo con claridad, era como si pudieras asomarte a otros tiempos, tal vez futuros, tal vez prehistóricos, no me pidas detalles, lo que sí te aseguro es que eran tiempos muy alejados del ahora.

Dos semanas después, me enteré de que Selene se había ido a una expedición por Centroamérica con un amigo de la carrera y no iba a volver en mucho tiempo. Me lo dijo su madre. Y me lo dijo solo porque no tuvo otra salida. La señora nunca me había querido, decía que yo jamás iba a pasar de un hippy bibliotecario y no desaprovechaba oportunidad para mostrarme su desprecio. Cuando le hablé para avisarle que Selene no había llegado a la casa la noche anterior, ni siquiera se inmutó, por eso me di cuenta de que ella sabía cosas que, por supuesto, no iba a decirme. A las siguientes

llamadas, solo contestaba con evasivas o de plano se negaba a tomar el teléfono. Tuve que coger el Chevy e ir hasta su casa, no tuve más remedio, llevé un bote de espray y comencé a hacer pintas en la fachada preguntando dónde estaba Selene. Ella y su esposo amenazaron con llamar a la policía. Se armó tal escándalo, que los vecinos se acercaron a ver qué sucedía. La señora era muy presuntuosa y nada le resultaba más bochornoso que un escándalo. Por eso me dijo lo de la expedición a Centroamérica, y me lo dijo con un viso de triunfo en las pupilas. Yo no quise creerle, subí al Chevy y regresé al departamento, en cuanto llegué, revolví los cajones de Selene, sus libros, sus vinilos, su maletín de maquillaje y sus zapatos sin poder hallar ni pista de sus planes. Tomé su camión y me senté en el piso a olerlo. Los días pasaron y ella no apareció. No me quedó más que aceptar que la señora había dicho la verdad. Ahí empecé a llenarme de odio, ¿me entiendes?, sentí cómo fue inundando gota a gota mis células, mis vellos, mis arterias. Lo sentía hasta en la lengua, hasta en la campana que tocaba el señor de la basura cada sábado, hasta en las pinches plantas aromáticas que Selene había sembrado en la ventana de la cocina. El odio no se queda quieto, yo sé lo que te digo, sigue creciendo sin que te des cuenta, es peor que el miedo, para acabar pronto. Comencé a desear que le pasaran cosas malas, a ella y a su amigo. Comencé a desear que sufriera, que fuera infeliz, que pagara lo que había hecho.

Al día siguiente llegué a la biblioteca con los ojos enrojecidos de no dormir. En el receso, salí a la esquina a fumar. Para mi sorpresa, me encontré con que el doctor Alcubierre estaba cortando un puro bajo el encino. Por suerte traía unos lentes oscuros y pude fingir que no lo había visto. Me recargué en el árbol y encendí mi cigarro. Inadvertidamente, el doctor me dio los buenos días con una voz ronca y profunda. No me

preguntas cómo, pero en menos de diez minutos ya le había contado lo de Selene. Le conté hasta lo de la puta ocarina rosa y la música andina, y mira que yo casi no hablo un carajo con la gente. Selene y yo teníamos cinco años viviendo juntos. Al salir de la prepa ella entró a estudiar musicología y yo empecé la carrera de bibliotecario. Como mi profesión es más práctica yo conseguí empleo al poco tiempo; ella no, de vez en cuando daba una clase o participaba en algún concierto, así que yo me encargaba de nuestros gastos. Estábamos llenos de planes para el futuro. La última noche que pasó en la casa todo fue normal, si acaso, estuvo más elocuente que de costumbre. Se quedó mucho tiempo en el espejo de la recámara, viendo la mariposita negra que se había tatuado en el coxis el día anterior, luego me llamó y me pidió que le hiciera el amor. La encontré desnuda sobre la cama, en posición de perrito, dijo que quería que mirara si su cuerpo era el mismo durante el sexo con ese tatuaje o si había algún cambio, tenía los ojos húmedos como de dicha, nomás que era una dicha suave, casi rutinaria diría yo. Nos quedamos acostados un rato más y me pidió que le leyera un poco. Tomé el libro del buró y lo abrí en la página doblada: *Ella hizo algo que nunca antes, le pasó los brazos por el cuello y lo besó en la mejilla. Su boca olía despacito a menta. Mario cerró los ojos llevado por la necesidad de sentir el perfume y el sabor desde debajo de los párpados. Y el beso volvió, más duro y quejándose. Antes de que anocheciera, metió ropa a la lavadora y bajó al súper a comprar cosas que hacían falta en la despensa. Nunca supe que tuviera un amigo y menos que quisiera ir a Centroamérica. A la mañana siguiente se despertó de buen humor, igual que siempre, y se sirvió el café en su estúpida taza, igual que siempre. Luego se despidió de mí con un beso húmedo en la punta de la nariz, y sentí en su boca el olor a menta del libro del buró, me dijo*

“nos vemos en la noche”, tomó su morral y no regresó más. El doctor Alcubierre escuchó mi melodrama sin inmutarse, luego dijo que si yo quería él podía ayudarme, y antes de que le contestara se marchó. Me di cuenta de que la señora del puesto de periódicos nos miraba con indiscreción, sus pelos teñidos se revolvían ligeramente con el aire. Esa fue la primera vez que noté el canto de los zanates en la copa del árbol. No era un canto armónico, más bien transmitía inquietud, me recordaba al llanto agudo de los niños.

Lo demás ya lo sabes, te lo he contado hasta el hartazgo, sé que hay muchas cosas de esta historia que nadie me cree, ni siquiera tú, que eres mi siquiatra, pero qué quieres que haga, quizá yo tampoco las creería si no las hubiera vivido. Todas esas tardes que pasé en el departamento del doctor Alcubierre, analizando los pasajes del *Bardo Thödol* que él iba indicándome, hasta que se asomaba la madrugada. Un departamento sombrío, con pocos muebles pero lleno de libros, de mapas y de cartapacios en lenguas extrañas; los balcones estaban atestados de gauras y jazmines trepadores, en los barrotes había bebederos sobre los que descendían parvadas de zanates cuando caía la noche. El doctor también me hizo estudiar los sutras de Buda que juzgó más acordes con mi naturaleza y varios pasajes de una rarísima edición del *Tao Te King* que había traído de Quemoy, esto porque yo no tenía una instrucción espiritual sólida y él decía que las personas sin cosmovisión no podían llegar a ninguna parte. Me entrenó para que pudiera comer raciones cada vez más abundantes de *nti-si-tho* y resistiera las alucinaciones en absoluto sosiego. Aunque lo más importante, y también lo más difícil, según decía él, era que aprendiera a dominar la respiración, única forma de trasmigrar conocida por el hombre; para ese fin, tuvimos sesiones que duraron horas interminables y que me

dejaban extenuado. Créeme, tardé mucho en comprender hacia dónde me estaba llevando, pero la curiosidad y el afán de venganza me hicieron seguir al doctor Alcubierre hasta el final de ese arcoíris gris y corrompido. Año y medio después, el doctor consideró que ya estaba preparado para sacar el odio de mi alma, eso fue lo que dijo con exactitud.

Tomamos la carretera de madrugada y salimos de la ciudad rumbo al Cerro de la Caléndula. El Chevy iba cargado de cosas. Había neblina, lo recuerdo bien. Caminamos unas tres horas antes de alcanzar la cima y al llegar armamos las tiendas de campaña. Recién iniciaba la fase de luna llena. Pernoctamos ahí las siete noches que duró nuestro ritual de purificación. No comimos más que *nti-si-tho* y sorbos de agua simple. El doctor me enseñó a manejar a voluntad las alteraciones del tiempo y el espacio que me producían los hongos. Al séptimo día me hizo entrar en un sueño profundo; a continuación, pegó su boca a mi oído y en voz muy baja me dio la instrucción de apagar mi respiración por completo. Así me tuvo quizá una hora, quizá dos, súbitamente comprendí que estaba muerto. Había logrado llegar al Bardo. Sé que vas a preguntarme por milésima vez qué es el Bardo, y no es que no lo entiendas, más bien no quieres, a veces creo que para ser siquiatra tienes una mentalidad muy cerrada, perdona mi franqueza; voy a decírtelo en palabras llanas: el Bardo es el estado intermedio entre tu última reencarnación y tu siguiente vida, ¿sí?, tu siguiente vida o, si eres de los pocos afortunados, el Nirvana, ¿me explico?; el Bardo dura 49 días, aunque puede terminar antes. El doctor Alcubierre se acercó de nuevo a mi oído y me ordenó que batiera las alas; si bien no entendí del todo sus palabras, obedecí al instante; en efecto, ya no tenía brazos, sino unas formidables alas color negro tornasol; quise darle las gracias y lo único que salió de mi garganta fue un



graznido de zanate. Mi corazón dio un retumbo, pero no dentro de mí, sino a lo lejos, del otro lado de las montañas de aquel paraje violeta en el que me encontraba. A continuación, el doctor me ordenó que volteara hacia mi lado izquierdo y entonces lo vi, estaba parado sobre la roca, aunque no era más él, también se había transformado en un zanate. Un zanate viejo con hoyos en el plumaje y un ojo apagado.

El doctor Alcubierre y yo emprendimos el vuelo. No sabía hacia dónde viajábamos, y sin embargo me hacía una idea. Volamos toda la noche por un cielo magenta oscuro, totalmente desprovisto de nubes. Vi pasar bajo nosotros miles de cimas, ríos y colinas; cañones y estuarios plagados de flamencos; bosques tropicales y selvas caducifolias; mares en calma y pueblos cubiertos de neblina. Por fin llegamos a una misteriosa urbe de clima húmedo. Supe, sin haber estado ahí antes, que era la ciudad de Antigua, lo supe de la nada, solo fue ver el Arco del Antiguo Convento y saber que nos hallábamos en Guatemala. Aterrizamos en el campanario de una pequeña iglesia. Creí advertir que el doctor estaba exhausto. El ojo sano se le había puesto rojo y le daba un aspecto más tétrico, si cabía. No había gente en las calles, eran las cinco de la madrugada, todo estaba en silencio. Reiniciamos el vuelo con dirección a una casa en las afueras de la ciudad, atravesamos los cristales de la ventana con nuestros cuerpos de éter y llegamos a una habitación de paredes encaladas. Ahí estaba Selene, dormía boca abajo sobre una estera junto a su amigo. Tenía la espalda desnuda, la mariposita negra relucía en su coxis como un astro despeñado. Su oreja asomaba llena de argollas entre su pelo revuelto. En su boca había ese gesto dulce que ponía después del sexo. Se echaba de ver que era feliz. Tuve unas ganas inmensas de abrazarla. Sentí que mis ojos se humedecieron, pero no lloré porque los pájaros no tienen llanto.

Entonces el doctor Alcubierre me ordenó que le arrancara un ojo. Escuché su voz humana llegar desde el Cerro de la Caléndula hasta mi oído, con una claridad oscura. “Este es tu momento”, dijo, “haz que pague el dolor de todos estos meses”. Me eché hacia atrás lleno de terror. Ya no quería hacerle daño, ya no quería que fuera infeliz, ya no la odiaba. Todo el rencor que había en mi corazón antes de emprender el vuelo se había hecho polvo. Pero el doctor volvió a darme la orden, ahora con un tono amenazante, y tuve miedo de que me dejara abandonado en el Bardo si no lo obedecía. Mi corazón retumbó de nuevo tras las montañas. Me acerqué a Selene y de un feroz picotazo le arranqué el ojo derecho. Su pelo se llenó de gruesas gotas de sangre, pero no se movió ni un milímetro, era como si no sintiera nada. Un sabor a cobre me inundó la garganta. El doctor miró con impúdica avaricia el globo ocular que colgaba como un huevo roto y azulado de mi pico. El amigo de Selene se revolvió en la estera, creí que iba a despertar y me posé en su pecho para ver su cara, el calor de su cuerpo subió por mis patas de ave. El doctor se abalanzó sobre el globo ocular y lo devoró a sorbos, sin darme tiempo de pensar siquiera; acto seguido, comenzó a rejuvenecer, o eso creí, porque su ojo apagado recuperó la vida poco a poco y sus plumas pardas se volvieron azabache. Yo empecé a cantar con mi voz de zanate una canción primitiva y amarga para dejar escapar el dolor que sentía.

El doctor Alcubierre se rio y me ordenó que le sacara el otro ojo. Comencé a dar vueltas sobre mis patas de pájaro en completo desorden, con las alas estiradas y temblorosas. El doctor revoloteó por encima de mí con violencia. Entonces hui. Atravesé la ventana y volé sin rumbo.

Tardé cuatro días en regresar al Cerro de la Caléndula. Una vez ahí, vi que mi cuerpo y el del doctor Alcubierre

yacían en los sacos de dormir: seguíamos muertos. Me paré en la rama de un árbol y un instante después caí dormido, el cansancio me venció de golpe. Cuando desperté, estaba recostado en el saco de dormir. Mis alas habían desaparecido. Aparentemente, todo había vuelto a la normalidad, o a lo que yo creía que era la normalidad. Me incorporé y vi al doctor a mi lado. No tenía el parche y su ojo estaba sumido en una vieja cicatriz. Partes de su cara y de sus largas manos estaban cubiertas de plumas cenicientas.

Eché a correr cerro abajo y cuando al fin alcancé el acotamiento de la carretera, subí al Chevy y manejé hasta la ciudad sin saber ni cómo. Sentía el corazón en la garganta. El doctor no volvió más por la biblioteca, nunca supe si logró regresar del Bardo, pero siento que las probabilidades son escasas.

Un amigo en común vino a verme y me contó que Selene había perdido un ojo en circunstancias demasiado extrañas: “Fue durante la noche, allá en Guatemala. El amigo con el que viajaba se quedó detenido en una penitenciaría de Antigua. Todos, menos Selene, creen que es el culpable; ahora ella está en casa de sus padres, dicen que la tienen sedada casi todo el tiempo. Ya te imaginarás a su madre, está destrozada, si la vieras, envejeció diez años de un día para otro”. Antes de irse, encendió un cigarro y dijo como no queriendo que Selene había preguntado por mí.

Desde entonces comenzaron a aparecer plumas negras en sitios francamente inesperados del departamento. La otra vez encontré unas en el tarro de la sal. Antes eran muchas más, gracias al cielo se han ido acabando poco a poco, ojalá que un día terminen de irse.

¿Ya me entiendes por qué no me atreví a romper la taza de Selene? Todavía no es hora. Tengo que esperar a que vuelva.



AMARRE DE  
AMOR



**CAPAZ QUE SI UN DÍA VUELVO A ESA CASA** y remiendo lo que eché a perder, se acaba mi mala suerte. No sé, a estas alturas, no creo que tenga caso guardar esperanzas. Además, ya ni ganas me dan. Si te fijas bien, la esperanza es traidora, se va comiendo tu corazón sin que te des cuenta y a cambio solo te devuelve migajas, lo digo porque me consta. A mí todo en la vida me sale chueco, le haga como le haga. Antes me la pasaba renegando, pero ya me rendí. Desde el día en que acepté que me había tocado un destino lleno de hoyos y desconchones, dejé de pelearme contra las cosas lógicas. Y no sabes cómo descansó mi alma. La síquica me ayudó a dar ese paso, es retbuena: cosa que te dice, cosa que te sale cierta.

Hay injurias que Dios ya no te perdona, y la mía, aunque haya sido sin querer, terminó volviéndose más grande con los años, porque no la deshice cuando debí. Es que estaba muy niña y no alcancé a medir el mal que me eché encima con ese robo.

Mi mamá y yo todavía vivíamos en Chilpancingo con mi papá. Tenía cinco años, me acuerdo clarito, porque iba en tercero de kínder. Era Navidad y las puertas de las casas estaban adornadas con coronas de nochebuenas. Me mandaron a la tienda a comprar un cuarto de manteca de cerdo y chiles secos. Salí con las monedas apretadas en la mano y avancé por la banqueta saltando en un pie. Hacía un sol horrible. De repente corría un viento que levantaba el polvo en remolinos.

No había gente por ningún lado. A nadie le gustaba salir en la hora de más calor. Cuando pasé por la casa de doña María, me detuve en la entrada a mirar al niño Dios. Estaba recostado en el nacimiento, bajo el árbol de Navidad. En ese tiempo, las casas todavía dejaban sus puertas abiertas durante el día. Me encantaba verlo, era muy, muy bonito. Tenía cara de ángel y llevaba un pañalito de franela blanca. A la fecha, no he vuelto a ver un niño Dios tan lindo como ese. Lo que más me derretía eran sus manitas de bebé, las tenía levantadas como si quisiera que lo cargaran. Y pos claro, yo me moría de ganas de cargarlo y llenarlo de besos. En mi casa no teníamos niño Dios, es que a mi mamá no le alcanzaba el dinero para comprar arbolito; y, lógico, sin arbolito no podías poner nacimiento.

Por eso me gustaba hacer mandados, para ir de puerta en puerta viendo los pinos navideños y los nacimientos de los vecinos. Las esferas y el heno hacían que todo se llenara de alegría. Nomás que esa vez, en cuestión de segundos, me dio por voltear a todos lados y, cuando vi que no había nadie, entré a la sala de doña María y me robé al niño Dios. Fue un impulso, ni siquiera lo pensé.

Regresé corriendo a mi casa y entré por el zaguán para que mi mamá no me viera, saqué un mecate del tejabán y trepé al árbol de tamarindo que teníamos en el patio. Yo era la única que subía hasta la copa, ahí era mi refugio, más que nada. Doña María había envuelto al niño Dios en una mantita azul, el pobre, con el calor que hacía en Chilpancingo. Pero es que no había de otra, él era un bebé y a los bebés así hay que cuidarlos. Lo acosté en el hueco del tronco más gordo y lo amarré con el mecate para que no lo fuera a tirar un aironazo. Todavía lo estuve mirando un ratito. En la copa del árbol se estaba muy bien, la luz del sol se metía por todas partes, pero no quemaba, porque las hojas del tamarindo dejaban el calor afuera. Antes



de bajar, le llené la cara de besos y le dije que no tuviera miedo de nada, que yo lo iba a cuidar de ahí en adelante.

Fui corriendo por la manteca y los chiles. Me acuerdo que se hizo un escándalo en la colonia. Doña María pasó días contándole a medio mundo, con los ojos llenos de lágrimas, que su niño Dios había desaparecido, que había estado en su familia desde hace no sé cuántos años, que su mamá se lo había dejado al morir. Unas señoras decían que a lo mejor era una señal del cielo y otras, que era una señal del diablo. Nadie hablaba de otra cosa.

Un día, la camioneta de don Gustavo, el carpintero, amaneció incendiada y ese nuevo acontecimiento bastó para que el asunto del niño quedara atrás.

Entonces ya pude dedicarme a cuidarlo. Cada tarde, sin falta, subía al árbol a mecerlo. Le daba el biberón, le cambiaba el pañal y lo envolvía en su manta. Lo que más me gustaba era contarle cuentos; después cortaba tamarindos del árbol y me los comía con sal, hasta que se me escaldaba la lengua.

Ahora que soy una señora, entiendo el tamaño de esa maldad, jamás nadie debe robar un niño Dios. Seguro yo soy la única persona en el mundo que se ha atrevido a hacer semejante barbaridad. Y encima de todo, tengo que confesar que aquellos días en que lo cuidé fueron los más felices de mi vida, me avergüenza, pero es la verdad.

—De ese pecado te viene tanto castigo, Eglantina Escorcía. A ti nunca te va a durar la felicidad. Te atreviste a profanar algo muy sagrado y eso te señaló para siempre frente a los arcanos. Eso dijo la síquica cuando le conté mi secreto.

Me eché a llorar, porque entendí que mi suerte iba a seguir siendo la de un perro callejero, hiciera lo que hiciera. La síquica me miró con un brillito de burla en los ojos, a veces era bien quién sabe cómo.

Esa vez, mi papá tardó más de una semana en regresar a la casa. Las señoras iban y le decían a mi mamá que lo habían visto cayéndose de borracho por aquí y por allá, con sus amigotes. Llegó un punto en que nos quedamos sin una miga que comer. Doña María nos regaló un manojo de flores de calabaza y una taza de arroz, que mi mamá coció con agua y sal. Eso nos salvó por dos días. Entonces apareció mi papá. Era muy noche, traía los ojos rojos, los pelos revueltos y la ropa toda puerca. Quiso que mi mamá le sirviera algo de cenar. Como no había nada, se puso bien loco y, así nomás, le pegó una cachetada tan fuerte que le tiró un diente; yo lo vi volar. Me acuerdo que pensé en esos chicles de menta en cuadritos blancos que vendían en la tiendita del kínder. Mi mamá empezó a sangrar y quedó tirada en el suelo, sin moverse.

Mi papá todavía siguió gritando un rato y luego fue al fogón y aventó de un manotazo la jícara del chilate y la única olla de barro que teníamos. Ya que se cansó, se dejó caer en el colchón, bocabajo, y se quedó bien dormidote. Ahí aproveché para agarrar el trapo de la cocina y salir disparada hasta la pileta para remojarlo. Volví a donde estaba mi mamá y comencé a limpiar su cara.

Ella se despertó con los ojos llenos de espanto. Dijo que teníamos que irnos y se levantó de un brinco. Cogió la bolsa del mandado y metió dos mudas de ropa, una para ella y otra para mí. Después, sacó del cajón la cadena con la medallita de la virgen de Guadalupe y se la guardó en el brasier. Salimos corriendo de la casa y no volvimos nunca más.

Yo le rogaba que me esperara, porque tenía que subir al tamarindo por algo que se me había olvidado, pero ella me decía que estaba loca y que teníamos que escapar ya, porque mi papá podía despertar en cualquier momento.

Cuando arrancó el autobús que nos llevó hasta Acapulco, el corazón se me fue ahogando. Sentí como si se me hubiera llenado con ese polvo que los remolinos levantan en las calles. Me secaba y me secaba las lágrimas, pero me seguían saliendo. Mientras mi mamá le suplicaba al chofer que la dejara pagar los pasajes con la medallita, alcancé a ver, por el vidrio del fondo, las figuras que el humo del camión iba dibujando. Parecían fantasmas que se estaban escapando con nosotras.

Chilpancingo se fue quedando atrás con todo y mi niño Dios. Esa fue la tristeza más grande que recuerde de niña, tardé mucho tiempo en sacudírmela, pero de veras mucho, hasta estuve con calentura no sé cuántas noches. Nomás que eso no se lo conté a la síquica. No quería ponerme a revolver viejas amarguras.

Al poco tiempo de llegar a Acapulco, entré a la primaria. Mi mamá se ganaba el sustento vendiendo empanadas de pescado a los turistas de la playa. Me gustaba más vivir aquí que en Chilpancingo: el mar nos salvaba un poco del calor y seguido nos hacía reír.

Vivíamos en un cuarto de vecindad. Nuestros días eran más tranquilos. Dejamos de tener ese miedo que nos daba cuando mi papá regresaba de la milpa y no sabíamos si iba a estar tomado o no.

De lo que vendía, mi mamá siempre apartaba un billete de veinte pesos y lo guardaba en una caja de Olinalá; decía que con ese dinero nos íbamos a ir a la capital, ya que yo saliera de la secundaria, a empezar una vida mejor.

—Allá hay de todo, Eglantina, ni te imaginas: unos edificiotos regrandes y mucho coche, yo fui una vez, hace años, pero me acuerdo clarito, clarito de cada cosa. Ahí agarras trabajo en menos que canta un gallo. Verás cómo salimos adelante.

Lo que mi mamá no sabía era que nada de eso se nos iba a cumplir, al menos no como ella esperaba, porque yo había perdido ese derecho frente a los arcanos. Apenas terminé la secundaria, salí embarazada. Y fue algo bien tonto, porque ni novio había tenido. El día del desayuno de graduación, mi amiga la Lore a fuerza me convenció de irme con ella para Caletilla.

Resulta que su novio había venido del otro lado con un amigo y querían ir a bailar. Dizque traían mucho dólar para gastar. Yo tenía que regresar a mi casa antes de que mi mamá llegara de vender, pero la Lore me dijo que solo iba a ser un ratito.

Fuimos a una casa frente a la playa. Ellos se pusieron a bailar y a tomar cerveza. Yo a cada rato preguntaba la hora. Estaba preocupada. La Lore solo le subía más a la música y me decía que yo no sabía celebrar nada. Después organizó que jugáramos a la botella y en ese punto se torció todo.

En una de tantas perdí, y mi castigo fue tomarme una lata de cerveza completita.

Como en mi vida había tomado alcohol, quedé toda mareada y no sé cómo terminé besándome con el amigo ese y hasta con el novio de la Lore. Lo recuerdo y me da asco, la verdad. La Lore, en cambio, nada más se moría de la risa; en una de esas, agarró y se encerró con Pedro en el cuarto de arriba. Salieron ya hasta como a las seis de la tarde.

Claro que mientras, el amigo se me pegó y ya no me lo pude quitar de encima. Se llamaba Poncho, creo, no me acuerdo bien. No dejó de insistir. De repente, me vi sin la falda del uniforme, los chones en los tobillos y el tal Poncho encaramado sobre mí. Por más que le decía que se esperara no me hacía caso, solo repetía que me quería y no paraba de besarme. Esa fue la historia que me tocó del primer amor, el

primer beso, la luna de miel, el hijo y todas esas mentiras que una cree de muy joven.

—Eres una pendeja, Eglantina.

Es lo único que me dijo mi mamá cuando le tuve que contar que no me había bajado la regla. Fue la primera y última vez que la escuché decir una grosería. No le quedó de otra que tirar su sueño de vivir en la capital al bote de basura y utilizar el dinero que guardaba en la caja de Olinalá para comprar la cuna y la ropita de Giovanni.

Antes de que naciera mi hijo, la Lore me llevó con Cielo Rojo del Río, la síquica que me leyó las cartas y me ayudó a entender mi vida punto por punto.

En cuanto me alivié, agarré un empleo en el Don Robalo, el minisúper que está casi al lado del Papagayo Adventure, en la mera costera, porque en el tarot me había salido la carta de El loco, y Cielo dijo que yo estaba condenada a trabajar dos veces lo que trabaja la mayoría de la gente para que pudiera irme más o menos bien.

Ahí juré que iba a luchar con todas mis fuerzas. Mi bebé tenía que escapar de mi suerte a como diera lugar. Lo bueno es que salió renoble, igualito que mi mamá.

Diario me levantaba a las cinco de la mañana a guisar el pescado para rellenar las empanadas. No me gustaba picar el jitomate y la cebolla a las carreras, porque no quedaban parejitos, prefería madrugar para que todo saliera como Dios manda.

Luego recogía la casa; nada más la pieza, porque el baño lo limpiaba los sábados.

De ahí, preparaba la pañalera con la ropita de Giovanni. Mi mamá pasaba a dejarlo a la guardería antes de irse a la playa a vender. Por último, me arreglaba y salía pitando para el Don Robalo.

Al principio me encargaba de barrer y trapear los pasillos del minisúper, vaciar los botes de basura, llenar los refrigeradores, acomodar la mercancía de los anaqueles y esas cosas. Con el tiempo, el supervisor me fue dejando más horas en la caja. Mi turno era de nueve a siete, aunque si había tiempo extra lo aprovechaba para sacar más dinero.

En mi hora de comida agarraba la revista *miraTV* y me ponía a leer la vida de las artistas de la tele. Todas estaban bien bonitas; sacaban una ropa y unos zapatos que ni te imaginas, pero mi preferida siempre fue Eiza López, es que de veras era la más preciosa.

Ojalá yo hubiera nacido así, con esa cara y con ese cuerpo. Ni siquiera estaría aquí, me iría a vivir al otro lado y tendría carro. Nomás que la pobre después se supo que tenía anorexia. Sí me dio mucha lástima, la verdad. Si por mí hubiera sido, la habría ayudado; nomás era cuestión de que le echara ganas, queriendo se sale de todo.

El día que cumplí cinco años en el Don Robalo, mi supervisor me dio un bono extra por ser empleada sobresaliente. Esa vez, fui con la Lore al café chino a festejar. De ahí, agarramos para la tienda de Cielo; ya tenía más de un mes que no nos echaba las cartas.

—El amor está por llamar a tu puerta, Eglantina, vas a conocer a alguien.

—Ya, Cielo, cómo eres, no me estés vacilando.

Solté la risa de los puros nervios, pero ella agarró y me miró resería, y dijo que Cielo Rojo del Río no jugaba con los arcanos. A veces era muy quién sabe cómo.

En el autobús, de regreso a la casa, fui pensando en sus palabras y poco a poco me llené de miedo. Además, comenzó a llover; desde chica detestaba la lluvia, me hacía imaginar al niño Dios amarrado en el tronco del tamarindo, con la

ropita toda mojada; luego luego me venía una punzada en el estómago.

Cuando llegué, encontré a Giovani sentado en la mesa, estaba haciendo la tarea. Le di de besos en su cabecita y me fui directo a la cama a recostarme.

—Y ora, tú, qué traes, preguntó mi mamá.

—Nada, ma, me duele un poco la cabeza.

Con los días fui olvidando el asunto, pero igual como que empecé a arreglarme más, fue sin pensar. Seguido me ponía chapas y pintalabios. A mi uniforme del Don Robalo le cambié los botones blancos por unos dorados. Trataba de peinarme como Eiza López, hasta me compré unos zapatos de charol.

Pasaron como tres o cuatro meses y ni señas. Estaba segura de que esta vez las cartas se habían equivocado. Poco a poco dejé de maquillarme y guardé los zapatos de charol solo para los domingos.

El día que Jaime Juárez entró por la puerta del Don Robalo para comprar cigarros, yo ya no esperaba nada del amor. Estaba acomodando el anaquel de las veladoras y lo vi de lejos, con su pelo hasta el hombro y sus brazos tatuados. No sentí maripositas ni payasadas de esas, pero cuando habló, su voz se me metió a la cabeza y nomás no me la pude sacar, la traje dentro todo el santo día.

Jaime Juárez pagó y se fue.

Corrí a la puerta para seguirlo con la mirada y vi que se metió al Vampiro Rojo.

Después supe que trabajaba de mesero en ese bar. Llegué a la casa de muy buen humor, le di de cenar a Giovani y bajé del ropero la caja de los zapatos de charol.

Jaime Juárez volvió cada tarde a comprar cigarros y una coca colita de vidrio. A veces, se sentaba en la banqueta del Don Robalo a tomarse el refresco y a fumar. Ya medio

empezaba a reírse conmigo cuando pagaba. Hasta que un día me invitó al cine. Fue la primera vez en mi vida que entré a un cine, y ahora que me acuerdo, también fue la última. De ahí, se agarró a ir a verme a mi casa los sábados, era cuando yo descansaba. Nos quedábamos en la puerta plástica y plástica.

Me acuerdo que una vez me llevó a un bar rebonito, en la mera costera. No sabía qué pedir, ni alcohol tomaba, lo tenía bien aborrecido, por las cosas que vivimos con mi papá. Él pidió dos París de Noche. Cuando nos sirvieron los vasos, me dijo que esas eran bebidas de ricos.

Terminamos corriendo por la orilla de la playa, muertos de la risa. Quedamos todos empapados. Luego me acompañó a la casa y entrando a la vecindad me agarró la cara entre sus manos y me besó. Esa ocasión no pude dormir, sentía que iba flotando por el mar, como un salvavidas perdido en lo oscuro.

Pegaba la oreja a la almohada y escuchaba cómo mi corazón hacía bom, bom, bom. Hazte de cuenta un pez que quisiera agarrar para el río. Tenía que ponerme las manos en el pecho para que no se me fuera a salir.

Al otro día, fui con Giovanni al centro a buscar un regalo para Jaime; no sabía qué darle; entré a muchas tiendas, pero nada acababa de gustarme.

Al final di con un ancianito que iba vendiendo pájaros por la calle; los llevaba en una pila de jaulas que cargaba en la espalda; traía el cuello y la cara llenos de sudor por el solazo. Compré un jilguero bien chulo, blanquito él, en una jaula de bambú que el mismo señor había hecho. Después fuimos al Vampiro a buscar a Jaime.

Cuando le di su regalo se quedó con las cejas levantadas y entonces se echó a reír, como de sorpresa. De ahí para adelante no paré de pensar en él. Una vez, la síquica dijo que nunca iba a querer igual a ningún hombre. Antes pensaba que



esa felicidad solo existía en las revistas, que nomás era para gente como Eiza López y todas esas; cuándo iba a imaginar vivir yo misma cosas así.

Mi mamá decía que pisara con cuidado, porque los hombres eran malos y que de un greñudo con los brazos pintarrajeados qué se podía esperar.

—Cielo dice que es una persona sincera, ma, y ella siempre le atina.

—Pos allá tú, mijita, yo nomás te digo.

El día que Giovanni cumplió seis años, Jaime Juárez vino a mi casa con un pastel y unas Yolis que pasó a comprar a la Soriana. También compró un balón de futbol. Mi hijo se puso feliz. Hasta estuvieron jugando los dos en el patio.

Antes de irse agarró y dijo que quería que formáramos una familia.

Ese mismo fin de semana puse mis cosas y las de mi hijo en unas bolsas, y me fui con él. Mi mamá no paraba de llorar, la pobrecita.

—Me deberías de dejar al Giovanni, hija, pa qué te lo llevas, no lo vas a poder tú sola. Déjamelos, ándale.

Se me partía el corazón de verla así, pero mi hijo tenía que ir a donde yo fuera.

Jaime vivía en un departamentito del Infonavit. En cuanto llegamos, me puse a limpiar el cochambre de los rincones, dejé todo rechinante; pinté las paredes de azul claro para disimularles lo descarapelado; compré un ficus y una palmera para la sala, una cortina de algodón blanca y un mantel de plástico floreado.

La jaula del jilguero la colgamos al lado de la ventana y, por último, puse bajo la cama los polvos de alcanfor y almizcle que Cielo me dio para ahuyentar el mal.

La casa quedó rechula, se le quitó hasta la última gota de tristeza. De todos modos, con los días me fui dando cuenta de que Jaime llevaba una pena dentro que no quería contarme. Por más que se lo pregunté a las cartas, no hubo respuesta; Cielo dijo que a lo mejor era una vieja herida de amor, aunque no era seguro. Esas palabras cayeron sobre mí como el agua fría que mojaba las ropas del niño Dios cuando llovía, y ya no encontré sosiego.

—¿Cómo le hago para sanarlo, Cielo?, dime cómo, te lo ruego.

—Tú no puedes hacer nada, tiene que venir él en persona.

Pero eso estaba muy difícil, con qué pretexto iba a convencerlo de ir con Cielo; además, si le hablaba del tarot, decía que él no creía en chingaderas.

Qué lástima, se hubiera ahorrado mucho dolor con tantita fe que hubiera tenido. Y por ahí me lo hubiera ahorrado a mí, porque, desde que lo conocí, cosa que él hacía, cosa que caía directito encima de mí.

Por Jaime Juárez yo me hubiera aventado de la mera Quebrada, no le hace que no sepa nadar, nomás para que volviera a ser feliz. La verdad, los primeros meses fueron retebonitos, solo que no duraron ni un suspiro. Es que yo empecé a encochambrar la situación con mi mala suerte, sin darme cuenta pues, igual que siempre. Y eso que de veras le di todo: le tenía su ropa limpia y ordenada en el ropero; le cocinaba lo que pedía; le preparaba sus *blodimeris* cada que estaba crudo, exactito como él me había enseñado; y en mi hora de comida del Don Robalo iba al Vampiro a llevarle sus cigarros y su coca de vidrio. Le daba gusto hasta en lo que no. Lo consentía más que ni al Giovani.

En lo único que no supe complacerlo así bien bien fue en el sexo, lo que pasa es que nunca me atreví a desnudarme

completa frente a él, porque el estómago y las tetas me habían quedado llenos de estrías con el embarazo. Y encima los kilitos que ya no pude bajar. No aguantaba que me viera así, con este cuerpo tan feo. Por eso me gustaban tanto las fotos de Eiza López, ella parecía una sirena, qué bárbara.

Cuando empezó lo horrible, me acuerdo que estaba tendiendo la cama y de repente oí que se cayó la jaula del jilguero, fui a ver y lo encontré revoloteando entre los barrotos, redesperado el pobre. Saqué al pájaro para calmarlo, tenía el corazoncito vuelto loco. El clavo se había zafado de la pared. Fui a la cocina, me agaché debajo del fregadero y saqué la caja de herramientas de Jaime. Comencé a buscar el martillo, en eso, levanté una como placa de metal que estaba hasta el fondo y que me encuentro las fotos. Tres en total. Las agarré y me fui hacia la ventana para verlas bien. Eran de ella. En la primera, estaba en la playa, con un vestido de tirantes rejustito y el pelo despeinado por el aironazo. En la segunda, estaba recostada aquí en el sillón de la sala, con un sombrero de sol color blanco, una blusa toda escotada sin brasier y un short de mezclilla. Luego luego se veía que a ella no le daba pena enseñar su cuerpo; al revés: se ponía igual que las artistas de las revistas. En la mesa del centro había una pecerita redonda con un pez rojo, latas de cerveza y un cenicero retacado de colillas. Detrás de la foto decía: *Inti y Martina*, escrito con tinta azul. En la última, aparecía con Jaime, yo digo que en un bar, porque frente a ellos había una botella de Bacardí, vasos, coca colas y una cubeta con hielo. A Jaime le brillaban los ojos de felicidad. Detrás decía: "*Martina te voy amar por siempre*", y abajo: "*Acapulco de Juárez*" y una fecha borrosa que no se alcanzaba a leer.

Me dolieron muchas cosas de un solo golpe, aunque, lo que más más me pegó, fue que ahí vi la letra de Jaime por primera

vez. Toda la noche me la pasé soñando con sombreros de sol blancos que se volaban con el aire, y con peces rojos tirados en la arena. En una de esas, Eiza López estaba recostada en el sillón de nuestra sala, me arrimé para tocarla y ver su cara de cerca, y luego ya no era ella, se había convertido en Martina, la mujer de las fotos; yo daba un paso atrás muy confundida y ella me echaba en la cara el humo de su cigarro. En otra parte del sueño, le pedía a Jaime que me diera un cigarro para aprender a fumar, pero me atragantaba con el humo y empezaba a toser sin parar, entonces él se reía de mí, lleno de burla.

Cielo dijo que esas fotos eran parte del ayer, que dejara el pasado donde estaba y solo viera para adelante, porque si no, me iba a convertir en mi enemiga y no iba a hallar cómo gobernarme.

—Ni yo te voy a poder ayudar, o sea que imagínate de lo que te estoy hablando, mujer.

Me aconsejó que limpiara la casa con vinagre blanco de adentro hacia afuera y barrera con sal gorda. También recalcó que lo más importante era no mortificar a Jaime con esas tonterías. Y sí le hice caso. Me metí todas las dudas muy adentro y las ahogué en mi sangre. La vida siguió tan normal como siempre, solo que ya no pude quitarme la maña de sacar las fotos cuando Jaime no estaba. Tanto las había visto, que me sabía de memoria los detalles, algunas ocasiones pensaba que la tal Martina ni estaba tan bonita, Eiza López estaba mil veces mejor, aunque luego la veía bien y sí estaba guapa, lo que sea de cada quien. Tenía más tetas que Eiza López, pero hasta yo tengo más tetas que Eiza López, no manches, la cosa es que la piel sí se le veía relisita, sin estrías ni nada.

Como sea, tú llevabas la mala suerte dentro, Eglantina, por eso te pasó lo que solo a ti te podría haber pasado en todo Acapulco, qué digo Acapulco, en todo Guerrero.

Fue el día que cumplí veintiún años, esa vez llegué recontenta a la casa con los tamales de tichinda que mi mamá me había preparado, ella misma me los pasó a dejar al Don Robalo, y yo pensando que ni se iba a acordar. Jaime y Giovani me estaban esperando con un pastel de vainilla y unas Yolis. Nomás que de repente, no sé cómo, volteo y veo que en la mesa de la sala había una pecerita con un pez rojo, y pos claro, sentí que el alma se me cayó en un charco lodoso. Traté de seguir riendo, pero no pude, entonces agarré y le dije a Jaime:

—¿Qué es eso?

—¿Cómo que qué es? Pos es tu regalo de cumpleaños, negrita, a las mujeres les gustan los peces rojos, ¿qué no?

Me abrazó rebrusco. Después Giovani fue por la pecera y me la dio en las manos, muy sonrientote.

—Está bien bonito, mamá, nada refuerte, míralo.

Para mí, esa pecera fue un aviso de que lo horrible había llegado para quedarse en la casa. Por eso, al otro día, en cuanto salí del Don Robalo me fui a ver a Cielo.

De camino a la parada del camión me puse a hablar con Dios, eso hacía cada que quedaba acorralada. Tenía mucho miedo de perder a Jaime. Desde el mar llegaba un vientecito caliente y yo lo di como una señal de que Dios me estaba oyendo.

Agarré y le volví a decir lo arrepentida que estaba por el niñito Dios, que ya llevaba años así, igual ya lo tenía aburrido, siempre le decía lo mismo. “Por favor no me vayas a quitar lo poco que tengo, te lo ruego”.

De todos modos, cada que acababa mi oración, se me venía a la mente la imagen del niño amarrado al tamarindo y daba por perdidas mis esperanzas.

Seguro Eiza López no necesitaba andar pidiendo cosas de esas, a ella debía sobrarle amor hasta para tirárselo a los pollos de cualquier corral.

El camión venía lleno. Con el calor de la canícula, el camino se hacía más y más eterno. Los pasajeros iban adormilados, con todo y el solazo se les querían cerrar los ojos, como si fuera la media noche.

—Siete de espadas, dijo Cielo, —hay fuerzas que se te están oponiendo, dos vienen de fuera de ti y una de adentro. Si trabajamos en identificar la fuente, podemos cambiar las circunstancias, pero si no, la fuente se dará cuenta de tus intenciones y empezará a sabotearte. Por ahora no te conviene atacar los obstáculos que se te van a venir encima, sino evadirlos.

—Pero qué significa eso bien bien, Cielo.

En la noche, cuando Jaime y Giovanni se quedaron dormidos, saqué las fotos para comparar los peces, eran igualitos, nomás que el mío era un poco más chiquillo. Al otro día hablé con la Lore y a fuerza la convencí de ir al Vampiro a investigar a Jaime.

—Tás bien loca, Eglantina, qué te voy a andar investigando nada.

—Que sí, ándale. El barman es muy amigo suyo, solo tienes que hacerte la agradable un rato y sonsacarlo para que te cuente. Ni que no supieras cómo, Lore. Aparte en ese lugar nadie te conoce. Tú me debes muchas, nomás acuérdate.

A la Lore no le quedó de otra que ayudarme. Apenas así me enteré de las cosas, unas cuantas nomás, y con eso tuve.

Jaime había vivido con una mujer, haría cosa de dos años, aquí mismo, en el departamento. La tal Martina. Parece que estaba loquito por ella, le daba gusto en lo que fuera, hasta se endrogó para comprar este lugarcito y tenerla contenta.

A mí me quiere, lo puedo sentir dentro de mí, pero de eso a estar loco por mí, uh, ya llovió.

En ese tiempo trabajaba de cocinero en un hotel de postín y llegaba renoche, ella se agarró de ahí para empezar a darle vuelo a la hilacha. Dicen que se dedicó a engañarlo con el que pasara. Por fin, él se dio cuenta en una de esas y la corrió con todo y tiliches. Solo que, de ahí, quedó deshecho; se dedicó a la pura tomadera. Y, lógico, perdió el trabajo. Un tío lo llevó a jurarle a la virgen que iba a dejar el alcohol dos meses y, según esto, así empezó a salir del hoyo. De estar flaco y ojeroso, se repuso poco a poco, después entró a trabajar de mesero al Vampiro Rojo, donde está ahora, y luego nomás fue buscarse una vida nueva.

No volvió a tener novia, hasta que me conoció a mí. Aunque ahora que le doy vueltas y vueltas a la situación, creo que a mí me quiso por pura soledad, más que nada. La soledad es un pescado podrido, de veras.

De las cosas que más ansias me dan, es que en mi perra vida voy a saber si yo atraje a Martina de regreso a nuestra casa, o si Martina jamás se fue de una casa que nunca pasó a ser mía. Llegué a un punto en que no supe distinguir cuál de las dos era la intrusa. Para esto, ya habían pasado dos o tres semanas de lo del famoso pez y, con los consejos de Cielo, me sentía más calmada. Pero ese jueves fui a dejarle a Jaime sus cigarros y su coca cola al Vampiro y entonces la vi sentada en la barra, callada y sola. Estaba fumando. Casi no se parecía a la de las fotos. De todos modos supe que era Martina; la habría reconocido como me la hubieran puesto. Tenía el pelo cortito y rojo rojo, y una minifalda como de licra. Traía unos lentes oscuros, la muy ridícula, no sé para qué, si la luz del bar era muy bajita. Jaime no se veía por ningún lado. Ni siquiera le dejé sus cosas. Agarré y me fui con el corazón bien revuelto, creí que se me iba a salir en plena banqueta.

En la noche, lo esperé en la casa y no llegó. Vino apareciendo por ahí de las cinco de la madrugada. Lo vi entrar al cuarto de puntitas. Caminaba a tientas y se desvistió muy despacio, según él para no despertarme. Cuando se metió a la cama, me llegó su olor a alcohol y a cigarro. Se echó de espaldas a mí y en un ratito comenzó a roncar. Ya no pude dormir. Pronto empezó a clarear y sentí hartas ganas de haberme borrado con la noche, que no hubiera quedado más que mi camisón bajo las sábanas. Tuve que meter todos esos sentimientos detrás del ropero y levantarme a preparar a Giovanni.

En la entrada de la escuela, la maestra me dijo que mi niño iba a entrar a la escolta, que porque era el más listo del salón. No le contesté porque andaba distraída. Entonces me volvió a decir de nuevo lo mismo.

—Sí, maestra, gracias. Con su permiso.

Ni siquiera tomé el camión para el Don Robalo, mejor me fui derecho a ver a la síquica. Era la primera vez en seis años que iba a faltar al trabajo. Todavía estaba cerrada su tienda cuando llegué. Me senté en la esquina a esperar que abriera, aguantándome las ganas de llorar.

—Uy, mujer, traes el aura llena de negatividad, dijo Cielo en cuanto subió la cortina de fierro de la tienda.

Me miró como si fuera un animal de monte perdido entre los carros; eso me dio coraje, pero así era ella, muy no sé cómo. Me ordenó con su voz mandona que entrara.

—Quiero que me hagas un amarre de amor, Cielo.

Agarró un plumero color gris y empezó a sacudir la mesa, las vitrinas, los rosarios, las estampitas, los amuletos y las canastas del copal y la ruda. Después prendió las velas del altar y el incienso. Se delineó los ojos de negro frente a la vitrina del San Juditas, se ajustó el turbante con toda calma y



luego fue y se arrodilló frente a la virgen, hizo la señal de la cruz y rezó por mucho tiempo. Diez o quince minutos estuve ahí parada, tronándome los dedos como una tonta. Por fin se sentó en la mesa y me hizo una seña con la cabeza para que me sentara con ella.

Dijo que si era lo que yo quería, adelante, pero que tenía que estar bien segura.

—Mucha gente piensa que es cualquier cosa y no, mija, un amarre es tentar al peligro. El que pide el amarre también se llena de ansiedades, a veces pierde el sueño y hasta puede perderle ganas a la vida; y es normal: tu nombre y el día de tu nacimiento son los hilos que se conjuran para atar a la otra persona. En cada ritual se queda un poco de tu alma, por eso vienen esas angustias tan duras. Por cada trago amargo que se tome la otra persona, te tomas uno tú. Eso sí, van a quedar unidos por siempre. ¿Sí me entiendes, Eglantina? Y ahora, lo más importante: no se te ocurra llorar cuando se esté logrando el amarre, es la peor ofensa que le puedes hacer a los espíritus, porque estarías mostrando falta de fe en su poder. Si quieres seguir adelante, está bueno, pero yo creo que mejor te limpio el aura y ya mañana vienes con más calma para hacerte el trabajo.

—No, Cielo, lo quiero ahorita.

Saqué de mi bolsa dos fotos: una mía y otra de Jaime, y las puse sobre la mesa.

Se levantó, corrió la cortina y apagó la luz, todo quedó lleno de sombras.

Fue a la vitrina más grandota y regresó con un papel pergamino, un clavo, un carrete de hilo negro y una vela roja. Con el clavo, agarró y escribió sobre la cera Eglantina Escorcía y Jaime Juárez, con la vista bien concentrada. Luego me preguntó las fechas en que nacimos y también las marcó.

Prendió la vela y me hizo poner las manos sobre la llama, a la distancia justa para no quemarme. Me temblaron un poquito los dedos. Sentí una gota de sudor escurriéndome por el espinazo.

—Repite detrás de mí: *stepitali melutasi rabubo ro ro* y di su nombre.

Oí que esas palabras se salieron de mí como los pájaros cuando se escapan de la jaula. Tres veces las dije, porque así me lo mandó ella, y tres veces me tembló la voz.

—Ahora repite: *stepitali melutasi rabubo balika ro ro* y di tu nombre.

La llama de la vela era de esas que no se quedaban quietas, bailaba y bailaba haciendo figuras que crecían y se encogían en las paredes.

—Di: *Hambuta Salika te te* y deja que la fuerza de los espíritus guía penetre en tu corazón.

Leí nuestros nombres en la vela y apreté los ojos. Cielo Rojo agarró las fotos, las envolvió en el pergamino, las anudó siete veces con el hilo y las quemó. No quedó más que un puñito de cenizas negras que recogió en un pedazo de paño.

La llama siguió bailando. Daba una luz igual a la de esas veladoras que ponía mi mamá en el jacal de Chilpancingo, cuando no teníamos electricidad. En las noches de febrero, el viento se colaba por las rendijas de la madera y estiraba las llamas para acá y para allá. Mi mamá prendía el fogón y ponía agua en el pocillo, luego me mandaba a cortar flores de manzanilla para el té. Me lo servía con una cucharadota de azúcar en un vaso de plástico azul, y se quedaba callada, mirando cómo se apagaban las ascuas. Ya muy oscuro, nos metíamos a la cama. Yo me abrazaba a su espalda y me arrullaba con el latido de su corazón. Era época de lunas grandes, aire

fuerte y mucha felicidad. Ahí, ¿cuándo iba a adivinar que la vida no era más que un trasto despostillado?

Cielo me entregó el paño con las cenizas y dijo que lo pusiera bajo mi cama por siete noches. En ese punto fue que me solté llorar y llorar, solo que, en completo silencio, tratando de que los espíritus no me escucharan. Todo fue como un tul negro y suavcito que me envolvió sin avisarme y ya no pude aguantar las lágrimas.

Era la primera vez que lloraba desde que nació mi hijo; eso lo pensé mucho después. Ahí mero, frente a Cielo, eché fuera tantos años de lágrimas que me había venido tragando. Ni siquiera me di cuenta a qué hora me limpié con el paño de las cenizas y me dejé la cara manchada de tizne.

—No, pos tú sí eres retempeña, hija, dijo Cielo, y recargó la cara entre sus manos.

Regresé a la casa y todavía encontré a Jaime durmiendo. El cuarto olía a puro alcohol. Agarré la pecera y me puse a ver al pez contra la luz de la ventana un buen rato. Qué brillante era, y nadaba retranquilito. Con el gotero del merthiolate, le dejé caer en el agua trece gotas de cloro y lo volví a poner en la mesita de la sala.

Despuesito abrí la jaula, saqué al jilguero y lo lancé por la ventana para que se fuera. Se perdió luego luego, casi ni se vio volar entre tanta luz del sol.

Metí en dos cajas de cartón lo que pude de mis cosas y las de mi hijo. Fui al cuarto y desperté a Jaime para avisarle que me iba. Se alzó en la cama todo confundido; ni siquiera me miró a los ojos; se volteó de lado nomás, como diciendo: sí me duele, pero pos ya estaba de Dios.

Un día Cielo dijo que jamás volvería a querer a nadie igual que a Jaime, y eso me aliviaba por completo: el amor es una

mariposa negra, quiera la virgen que no se vuelva a atravesar en mi camino.

Cuando le avisé a mi mamá que me iba para la capital, quedó desconsolada. Por más que lloráramos, ya no había vuelta para atrás.

—Voy a dejarte al niño, mamá. Por dinero no te apures que yo te voy a mandar para su sostén, y en cuanto haya juntado lo suficiente vengo por ustedes.

Me subí al autobús sintiendo como si trajera el corazón repleto de avispas. El calor pegaba tan fuerte que mareaba. Las hojas caídas de las palmeras volaron sobre el terregal y las matas secas. Ya que arrancamos, mi mamá gritó por la ventana “que el Señor te bendiga, hija”. La vi por el vidrio de atrás, con su delantal de cuadros azules y la piel curtida de tanto andar en la playa, agarrando a mi hijo de la mano; el solazo les daba en la mera cara. Acapulco se fue quedando lejos.

MAR VACÍO



**¿TE ACUERDAS DE ESA VEZ QUE LLEGUÉ CON EL CABELLO** trasquilado a la escuela?, pues fue justo cuando supe que algo andaba mal. Todos se reían de mí, ni la maestra pudo disimular su risita burlona, así me vería de ridícula, pero en ese momento me importaba un carajo el mundo, hasta Dios me daba lo mismo, habría podido saltar fuera del planeta Tierra sin parpadear. Descubrir que tu madre no es tu madre puede destruirte. No es fácil, Sole, créeme.

A pesar de los años, todavía tengo la escena clara. Me paré desnuda frente al espejo y revisé mi cuerpo centímetro a centímetro, la huella de los golpes era muy visible y, aunque suene loco, pensé en un campo de violetas cuando vi los moretones dibujados en mi piel. Bajé a la cocina, tomé las tijeras y ahí mismo comencé a cortarme el pelo. Ni siquiera recogí los mechones que cayeron al suelo, porque entonces me llegó de un golpe la tristeza, y ya sabes cómo es, se te cuela en los huesos sin hacer el menor ruido y desde ahí se adueña de tus horas, de tus hábitos, del agua que te bebes, sí la has sentido, ¿verdad?

Me puse el uniforme y me fui a la escuela sin despedirme de mis papás. La ciudad se veía todavía más oscura bajo la llovizna de la mañana. Siempre me han gustado las mañanas lluviosas, pero esta me parecía helada y árida. Una muñeca de nieve mal hecha. Caminé a la parada del camión y esperé. Luego vino la sensación de las gotas de agua cayéndome en la nuca, como un puñado de insectos venenosos, y entonces me rasqué con tanta fuerza, que me abrí un canalillo de sangre.

Cuando llegué a la escuela y me acerqué a ti, te me quedaste viendo y te reíste con los ojos llenos de angustia, luego me pasaste los dedos por la frente toda confundida. Me abracé a ti y lloré. Y hubiera querido seguir llorando hasta el final de los tiempos, pero tuve que parar porque iban a comenzar los honores a la bandera.

Durante la ceremonia, los gritos de mi mamá seguían ahí, como flotando entre los redobles del tambor. Fue el pleito que tuvimos por la noche. Quisiera contarte los hechos con exactitud, pero hay partes que se me han borrado, imagínate, pasaron ya más de quince años. Aunque la sensación sigue ahí, intacta, como un vaso de yogur cuajado de medusas para el desayuno.

Mi mamá vio cuando estaba revisando el buzón y encontré una carta con mi nombre. Me sorprendió mucho, ¿quién podría haberme escrito a mí? Se acercó por detrás y, sin hacer ruido, me la arrebató y entró a la casa. Fui tras ella con intención de recuperar la carta, pero la rompió en pedacitos y echó a correr por la escalera. Yo también corrí. Cuando llegamos al piso de arriba, se volteó y me miró con un odio seco y polvoriento. ¿Sí sabes cómo? Piensa en las calles de un pueblo abandonado hace muchos años, era algo así, ojalá que me entiendas. Acuérdate de que no soy buena para hablar de



mis cosas. Después me arrojó los pedazos de papel en la cara. Sin pensar en lo que hacía, me le fui encima y entonces me empujó. Caí por las escaleras. Y fue una caída como en cámara lenta, te lo juro, Sole. Eso es justo lo que te pasa cuando estás en medio de algo que no alcanzas a comprender.

Quedé tirada en el piso, maltrecha, incrédula, casi con ganas de reírme. El techo me daba vueltas. “¿Por qué haces estas cosas, Consuelo?”, pensé, y el nombre de mi madre me supo a esas medusas en el yogur que te digo. “Consuelo”, hoy no puedo ni escuchar ese nombre. En realidad no me dolía nada, simplemente había quedado como desarticulada, pero digamos que envuelta en la relativa paz que me daba la incredulidad frente a la escena.

“Estás más loca que Luciana”, gritó mi madre, y se encerró en su recámara azotando la puerta.

¿Luciana? El techo seguía dándome vueltas. Yo no tenía idea de quién carajos era Luciana. Me puse en pie como pude, estaba aturdida, el temblor de las piernas no me dejaba caminar deprisa. Me recosté en el sillón de la sala y después me quedé dormida. Cuando desperté, las palabras de mi mamá seguían ahí, cayendo por la escalera. Los huesos comenzaron a dolerme, pero no lloré, solo cerré los ojos y me quedé en el sillón, hasta que se hizo noche. Más tarde llegó mi papá y me llamó para cenar, pero no quise levantarme, y él ni siquiera insistió, solo se acercó a cubrirme con su saco y se fue.

Las semanas que siguieron fueron peores, Sole. Mi mamá y yo peleábamos por cualquier pretexto, terminé yéndome a vivir a casa de mis abuelos, con eso te lo digo todo. Y mi papá, en lugar de oponerse, me aseguró que era lo mejor, dijo que así estaría más tranquila.

“Cuando menos vea, ya va a estar acostumbrada, hija, ande, no llore”.

Mis abuelos vivían en una vieja casona de la Santa María la Ribera, su calle estaba llena de árboles, eso me gustaba; justo en la esquina había otra casa enorme con la fachada llena de desconchones y la pintura deslavada. Ahí vivía el muchacho aquel de los ojos negros y el pelo a rape, tú lo conociste, Soledad, el que una vez te arrancó el pasador del pelo. ¿Qué tendría? No más de veinte años. Siempre estaba encerrado tras los barrotes de la ventana. La gente de la cuadra lo llamaba “el loco”. A mí me daba terror, ya sabes cómo es una de muy joven; cada que pasaba por esa esquina, me cambiaba de acera para evitarlo.

Un día fui a la oficina de mi papá a recoger mi dinero de la semana. Tú me acompañaste, ¿te acuerdas? Estaba en la calle de Moneda, justo atrás de Palacio Nacional. Habíamos quedado en que después de ahí nos iríamos al cine. Mi papá siempre me atendía de prisa. Esa vez me dio dos billetes en un sobre blanco y me acompañó a la puerta de su oficina, era como si le preocupara que yo me fuera a quedar un minuto de más. Pero esa ocasión me planté frente a su escritorio y me le quedé viendo.

“Oye, papá, ¿tú sabes quién es Luciana?”.

Noté que se puso pálido, en lugar de contestarme, comenzó a revolver en un cajón como buscando algo.

“¿Ya viste la hora? No tenemos tiempo para estar hablando, Marosa, ¿qué no te dejan tarea en la escuela?”.

Me señaló la salida de su despacho con la barbilla y se llevó la mano a la frente, con ese gesto que hacía cuando se impacientaba.

“Ah, y cúbrete la cabeza con una pañoleta o algo, pareces una indigente con esos pelos trasquilados”.

Salimos de la oficina y nos fuimos a ver la película *Lady Jane*, y aunque no le entendimos mucho, a partir de ahí

adoptamos a Helena Bonham Carter como heroína personal, comenzamos a llamarnos Lady Jane entre nosotras, y tú feliz porque odiabas llamarte Soledad, hasta te peinabas como ella, y a mí me daba envidia porque yo no podía por mis pelos trasquilados.

Ya llevaba semanas viviendo con los abuelos y mi madre no me había buscado ni siquiera por teléfono. Simplemente se olvidó de mí. Empecé a bajar de peso, la verdad es que no me daba mucha hambre, lo que yo quería era que viniera a verme. Incluso le había perdonado lo del empujón por las escaleras. Mi papá nada más me decía que ella estaba bien, que no me preocupara.

“No es que me preocupe, papá, es que quisiera verla, ¿cuándo va a venir?”.

“Pronto, ya veremos”.

Era todo lo que contestaba y después se encerraba en su maldito silencio de toda la vida, era lo único que sabía hacer.

Al final del curso escolar, nos entregaron los documentos en un sobre amarillo para que nuestros padres los firmaran, ¿te acuerdas de que así era antes? Esa tarde, de vuelta a casa, bajamos del metro San Cosme, yo lo tengo tan claro como si hubiera pasado ayer, a ti seguro ya se te borró de la memoria, es lógico; nos metimos por la calle Naranjo, seguimos hasta Jaime Torres Bodet y nos olvidamos por completo de evitar la ventana del loco. Cuando pasamos por ahí, de la nada sacó la mano por los barrotes y te agarró del pelo, fue cuando te arrancó el prendedor, lo contempló con admiración y se lo metió sonriendo al bolsillo de la camisa, mirándote con los ojos muy abiertos, como si hubiera descubierto algo precioso.

Nos echamos a correr y en la huida se me cayeron los papeles, los recogí a toda prisa y, no sé cómo, alcancé a ver escrito el nombre de Luciana Gallego.

Ya en la casa, comí sin decir nada. Mi abuela me preguntó cómo había estado mi día y le dije que bien. Luego subí a mi cuarto y me encerré. Sentía el corazón golpeando suavemente en mi cabeza. Me puse a revisar los documentos con atención; en algunos, el nombre de mi madre era Consuelo Pisano, pero en otros, era Luciana Gallego. Busqué mi acta de nacimiento para salir de dudas. *Nombre de la madre: Luciana Gallego. Domicilio: Calle Minería 114, Colonia Escandón, Distrito Federal.* Anoté esa dirección en un papel. Me metí a la cama, me enrollé en el edredón y me quedé toda la tarde dándole vueltas a mi mente. Nadie tiene dos mamás, ¿estás de acuerdo conmigo?, y yo no tenía por qué ser la excepción, nada más que había dos nombres y no sabía bien qué hacer con ellos, a mi papá ni caso tenía preguntarle.

Ese verano fue el más largo de mi vida, casi no salí de la casa, todo el tiempo lo pasé leyendo en mi cuarto. Una mañana, durante el desayuno, le pedí a mi abuela que me hablara de cuando nací. Mi abuelo dejó su taza de café en la mesa e hizo un gesto de impaciencia.

“¡Ay, niña!, ¿ya vas a empezar?”.

Esa vez estaba la tía Josefina con nosotros. Antes de probar bocado, se tomó dos analgésicos y se puso sus lentes negros.

“Mejor termínate la fruta, Marosita, que ya tenemos que irnos”.

Por la tarde, salí con los muchachos de la cuadra. Uno de ellos me regaló un cigarro. De regreso a mi casa todo me daba vueltas, sentía náuseas hasta en el cabello, Sole, te lo juro. Cuando pasé por la ventana del loco, escuché un grito. Un grito como de animal llorando. Era él. Me asomé por los barrotes de la ventana y vi a dos enfermeros que le estaban inyectando algo en el muslo. Sin querer, me crucé con su mirada. Sus ojos

estaban vacíos, se me figuraron un mar abandonado, sin olas ni gaviotas.

Las vacaciones terminaron y eso me trajo alguna dosis de felicidad. Iba a empezar el tercer año de secundaria, estaba ansiosa por volver a clases, solo para verte a ti y a las otras compañeras del salón. Ustedes eran lo único que tenía entonces. Aunque eras mi mejor amiga, me daba pena contarte lo de mi madre, pero tuve que hacerlo porque necesitaba tu ayuda.

“Pero, ¿cómo quieres que te ayude?”.

Recuerdo que te tronaste los dedos cuando te lo pedí.

“Es sencillo. Yo voy a llamar a todas las familias Gallego que aparezcan en las páginas amarillas”, dije, “y tú vas a investigar dónde queda esta dirección”, entonces te extendí el papel, ¿sí te acuerdas?

“Estás bien loca, Marosa”, contestaste riendo toda nerviosa, siempre fuiste miedosona.

Qué largas fueron esas noches. No entendía por qué mi padre ocultaba cosas. Entonces, para calmarme, pensaba que mi mamá tenía dos nombres, pero si era así, a lo mejor escondía algo malo o vergonzoso, o había cometido un delito. Además, la duda de quién era yo seguía ahí, dentro de mi clóset, escondida entre mi ropa. Y tenía la sensación de que toda mi familia guardaba silencio. Era como si un murciélago anduviera revoloteando por los cuartos de la casa y nadie hablara de eso.

Un día esperé a que mi abuela subiera a la azotea a alimentar a los pájaros y la seguí. Cuando me vio, se puso nerviosa. A mí me pareció raro. Luego empezó a hablar sin parar de cosas que no venían al caso; me contó dónde y cuándo había comprado cada una de las doce jaulas; describió con detalle la historia de todas las aves que tenía, cuarenta y siete en total. Su predilecta era Amalia, una cacatúa ninfa más

blanca que una bola de nieve, su hermana se la regaló antes de morir, ya tenía trece años con ella y la quería más que a todos sus pájaros juntos.

“Prácticamente es de tu edad”, me dijo sonriendo, “¿o en qué año naciste tú?, ven, acompáñame a poner el alpiste”.

“Abuela, ¿por qué mi mamá no viene a verme?”.

Siguió caminando sin detenerse, luego me fue enseñando los jilgueros, los canarios, los mirlos y los ruiñesores, algunos incluso tenían nombre, los ojos se le encendían de felicidad al ir enumerándolos.

“Siempre he amado a los pájaros, desde niña, son las criaturas más bellas sobre la tierra, ¿no crees, Marosa?”.

“No me gustan los animales presos, abuela”.

Me di la vuelta y bajé las escaleras de metal. A mí qué carajos podían importarme sus putos pajarracos. Yo lo que quería saber era otra cosa.

La vez que llegaste a la escuela y me dijiste que ya habías descubierto dónde estaba la dirección que te escribí en el papel, la sangre se me bajó al último piso. Hasta tuve que ir al baño a mojarme la cara para calmarme. El viernes siguiente le dije a mi abuela que iba a llegar tarde porque tenía que ir a tu casa a hacer una tarea en tu máquina de escribir, siempre le hablaba de tu máquina de escribir, me acuerdo de que era una Olympia color gris azulado, ¿no, Sole? La vez que se te descompuso, hasta mi abuela estuvo mortificada.

Saliendo de clases, tomamos el camión y nos bajamos en el cruce de Insurgentes y Viaducto, de ahí caminamos por todo José Martí, el sol pegaba duro, pero el calor era bastante soportable, eso sí, mi mochila se iba haciendo más pesada, porque, la verdad, tenía mucho miedo. Llegando a la calle Unión ya me pesaba como una caja fuerte. ¿Te acuerdas de

que me caí? Me raspé las rodillas y comencé a sangrar, te pedí que paráramos porque no podía con los nervios.

“Mejor hay que regresarnos, ¿sí, Sole?”.

Pero tú no quisiste. Seguiste caminando, y no me quedó de otra más que ir detrás de ti.

“Ya estamos muy cerca, Marosa, anda, no seas tonta”.

Al fin dimos con la dirección. Era una casa con la fachada color marrón. Fuiste tú quien tocó a la puerta. Yo me quedé en la otra acera, escondida detrás de un viejo camión de carga, observándote. Mi corazón quería salir volando. Por fin, alguien abrió, era una señora regordeta, de piel blanca y ojos azules. Tenía la cara surcada de arrugas. Su maquillaje me recordó a las muñecas que vendían en el mercado. Se te quedó mirando con nerviosismo y se frotó los dedos llenos de anillos baratos.

“¿A quién buscas?”.

“A Luciana Gallego”, dijiste.

Me acuerdo bien de tu voz insegura. La señora te miró y yo alcancé a ver con claridad un desconcierto muy grande en su cara. Sus zapatos estaban desgastados de las puntas y traía la raíz del pelo sin teñir.

“Luciana no está, pero no debe tardar en regresar, pasa”.

En ese momento no supiste qué hacer y te volteaste para buscarme con los ojos. Luego dijiste tartamudeando un poco que venías con alguien más.

“Estamos buscando a la mamá de mi amiga”, y señalaste del otro lado de la calle, con timidez. Yo deseé poder escurrirme por la alcantarilla y desaparecer para siempre.

La señora nos hizo pasar. Nos sentamos en aquella sala raída con las paredes llenas de cuadros y de viejas fotografías, sin saber qué decir. Volvió de la cocina con limonada fría y la sirvió con galletas de avena. Tú empezaste a comer de

inmediato, pero yo no podía ni pasar saliva, las manos me sudaban.

“Así que tú eres Marosa, qué linda estás”, dijo la señora, “yo soy tu abuela”.

Lo dijo tan tranquila, como si estuviera diciendo “las galletas de avena son mejores que las de chocolate”, sin ponerse a ver que para mí todo aquello estaba abriendo una cuarteadura irreparable en mi mundo. Quise contestar algo, cualquier cosa, pero tenía la boca seca, sentía la lengua como un trozo de tela almidonada. Miré de reojo las fotografías de la sala y entonces descubrí a mi padre en una de ellas. Era muy joven, estaba recargado en el tronco de un árbol, tenía las manos metidas en las bolsas del pantalón y sonreía casi con melancolía. Luego miré a la señora y vi que a su suéter le faltaba el último botón.

“Tu mamá no está, pero no tarda”, insistió con una voz muy dulce.

“¿Mi mamá?”.

“Sí, y antes de saludarla tienes que saber que Luciana no está bien. Tiene algo..., está enferma. Te pido que no te vayas a asustar por eso, pequeña”.

La señora me tomó las manos, se las llevó a los labios y cerró los ojos. Las tres guardamos silencio, pero tú no paraste de comer galletas, Soledad. Una gota de sudor me resbaló por la espalda. La señora volvió a la cocina. Tú señalaste con la barbilla la foto de la mesa del centro, era yo, creo que era yo, pero no supe bien.

La señora volvió con unos bocadillos de queso y otra jarra de limonada.

“Se puso mal hace años”, volvió a decir, “por eso tu papá se fue. La pobre comenzó a estar malita cuando se embarazó de ti, y después de que tú naciste, tu papá la dejó en el hospital



y no la volvió a ver más. Ella te buscó mucho tiempo, a veces iba a la guardería donde estabas, pero no le permitían acercarse a ti. Yo la acompañaba cuando podía, pero nunca tuvimos suerte”.

Me acuerdo de que me agarré de tu mano y repasé aquellas palabras para tratar de entenderlas. Una mosca se paró en tu vaso de limonada y tú soplaste para espantarla.

Luciana llegó entonces. Volteé al pasillo de la entrada y vi su silueta dibujarse contra la luz de la tarde. Era una mujer delgada, muy delgada. De lejos, su minifalda a cuadros y su playera manchada de grasa la hacían parecer una niña. Llevaba el pelo amarrado en dos coletas, la boca muy pintada de rojo, pestañas postizas y unas zapatillas viejas y desvencijadas.

Sus ojos verdes me recordaron la mirada del loco de la calle, la misma mirada de mar abandonado, sin peces y sin aves.

“Tu hija está aquí, vino a verte”, le dijo la señora, y volvió a frotarse los dedos.

Luciana dejó caer la bolsa de pan que llevaba en la mano, los bolillos rodaron por la alfombra y ni siquiera se dio cuenta. Se acercó a nosotras y nos examinó con detenimiento, tratando de dar por sí sola con la cara de su hija. Los ojos se le alegraron cuando me reconoció. Tomó mi cara entre sus manos y acercó su nariz a la mía. Olía a perfume y a pomada de árnica.

“¿Cómo está tu papá, mi amor? Te pareces tanto a él”.

Otra vez sentí la gota de sudor bajando por mi espalda. Era un sudor frío. La observé de nuevo, me pareció patética con esa minifalda y esas piernas tan flacas, sus chanclas horrendas y su boca roja toda mal pintada. Su pregunta me pareció estúpida. Luciana se quedó parada frente a mí, yo me

reí de lo amargo de todo aquello y me agaché a recoger las piezas de pan.

La señora nos pidió que nos diéramos un abrazo. Luciana dio un paso hacia mí y yo entonces me senté en el sillón y traté con todas mis fuerzas de contener el llanto. Luciana se puso a buscar no sé qué en el suelo ya sin sonreír, estaba ensimismada. Luego se levantó para abrir la ventana y tomar aire.

“Si tú supieras lo que he pasado, Marosa, ni siquiera podrías creerlo. Ese hospital era peor que una cárcel. Hay tantas cosas de las que no me acuerdo. Pero fui a buscarte muchas veces a la guardería, ¿cómo está tu papá?, se casó, ¿verdad?, ¿recibiste mis cartas? Ven a mi cuarto, tengo unos zapatitos que te tejí cuando eras bebé, te los puedo enseñar si quieres, son de color rosa”.

Sonrió, pero su risa estaba vacía, los dientes se le habían manchado con el rojo del lápiz labial.

“Mamá, voy a preparar un flan para las niñas”.

Vi que las manos le temblaban, se fue a la cocina y ya no volvió.

De camino al metro comenzó a llover. Te dije que Luciana era la caricatura de una mujer y pusiste cara de indignación; no tenías sentido del humor, Sole, todo te lo tomabas demasiado en serio. Después de eso, ni tú ni yo nos atrevimos a decir nada más. La gente se apresuró para resguardarse pero nosotros seguimos a paso lento. Nos despedimos en la calle de siempre. Yo no quería llegar a mi casa. La lluvia me resbalaba por la cara. Doblé en la esquina y de repente sentí un violento tirón por detrás. Era el loco. Sacó la mano por las rejas de su ventana, cogió mi mochila y la jaló con todas sus fuerzas.

“Suéltala, pendejo”, le grité llena de rabia y él se asustó y me miró desconcertado.

Me fui corriendo hasta la casa, llegué con la ropa y el pelo escurriendo. Entré azotando la puerta. Llamé a gritos a mi abuela, pero no contestó. No había nadie. Subí a la azotea, y no sé qué me dio, el caso es que abrí las jaulas de los pájaros. Se echaron a volar uno a uno y desaparecieron entre la lluvia, todos menos Amalia, creo que estaba aterrada; metí la mano a su jaula para sacarla por la fuerza y la arrojé contra el viento. Le costó trabajo emprender el vuelo, pero al final lo consiguió y se perdió para siempre en el gris de la tarde. Yo me quedé ahí, hincada, con la frente pegada a un charco, llorando ya sin ningún control.

Todos en la casa me reprocharon las cosas que hice. Nunca había visto a mi padre tan furioso, parecía un perro con rabia, me dijo que yo no tenía ningún derecho a lastimar así a la familia, que nunca debí haber buscado a Luciana sin consultárselo antes y que no había manera de que perdonaran mi imprudencia. También dijo que la vida misma se encargaría de cobrarme lo de los pájaros cuando menos lo esperara. No me dirigió la palabra en meses. Tú no supiste nada de eso porque ya no fui capaz de hablarlo, ¿te acuerdas de que me preguntaste muchas veces y yo nada más me quedaba callada?, eso hizo que te fueras alejando de mí, supongo, hasta dejaste de llamarme Lady Jane.

El lunes siguiente, camino a la escuela, pasé por la ventana del loco y me detuve, como no lo vi, me asomé por los barrotes; estaba recostado en su cama, se veía infinitamente triste. Se me figuró un animalito de monte a punto de morir de sed. Le dejé en el alféizar el paquete de galletas que me dio Luciana y uno de mis dibujos. Esa noche, soñé que lo sacaba de una jaula para que él también pudiera echarse a volar, igual que los pájaros de mi abuela, pero cuando vine a ver, resultó que sus alas eran de mariposa negra; el agua de la lluvia las mojó y ya

no pudo batirlas, entonces se sentó en la banquetta y se tapó la cara con las manos.

Todas esas semanas las pasé pensando en Luciana, en su voz de niña, en sus ojos vacíos y sus pestañas postizas.

Un día entré a la recámara de mi abuela sin tocar la puerta, la encontré recostada en su sillón, mirando hacia la ventana, ni siquiera advirtió mi presencia. Parecía estar en otra parte.

“Abuela, necesito hablarte”. Se sobresaltó y se tapó la boca con una mano.

Me di cuenta de que había llorado. Apenas quiso hablar. Si la hubieras visto, Sole, estaba muy afligida. Solo logré que me contara partes de la historia. Dijo que una vez Luciana pasó una noche entera caminando por las calles y a la mañana siguiente llegó a su casa, descalza y con los ojos hundidos. Entonces la encerraron en el siquiátrico, solo la sacaron para llevarla al hospital cuando yo estaba por nacer y luego la regresaron. Mi papá me llevó con él. Cuando cumplí un año, se casó con Consuelo, entre los dos decidieron enterrar mi pasado en el olvido y darme una vida nueva. Lo malo es que entre Consuelo y yo nunca hubo cariño, y yo lo intenté, Soledad, te juro que intenté que me quisiera, pero no pude.

“Tu padre también lloró mucho”, dijo mi abuela, luego sacó su pañuelo y se frotó lo ojos.

“Lamento lo de tus pájaros, abuela, no entiendo qué me pasó”.

Me recargué en su pecho y ella me acarició la cabeza, distraída.

Supe por un amigo de la cuadra que al loco lo habían recluido en un sanatorio. A veces, cuando paso por su ventana, me asomo por los barrotes y pienso en su mirada de mar desierto.

Y sí quería contarte todo esto algún día, pero después de aquella tarde en casa de Luciana perdí por completo las ganas de hablar de mí. Perdóname, Sole, perdona mi silencio de todos estos años, querida Lady Jane.

Fotografía: Claudia Sánchez Rod



Narradora y traductora, Claudia Sánchez Rod estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado *La marta negra*, *Me dejaste puro animal inexistente* y antologías de poesía y cuento; ganadora del Premio Iberoamericano de Cuento Ventosa-Arrufat / Fundación Elena Poniatowska Amor. Colaboró en la revista argentina *Lamás Médula*, en el *Periódico de Poesía* de la UNAM y otras publicaciones en España, Argentina y Estados Unidos. Coedita la revista *Biblioteca de México: De Ciudadela a Vasconcelos*.

*Ratones Knockout* representa todo lo que la buena literatura debe ser. No sólo se trata de cuentos excepcionalmente bien escritos —con registros y voces totalmente diversas—, sino que también logra evocar un amplio espectro de emociones en el lector: desde la melancolía hasta el asombro, pasando por la tristeza y la indignación. La autora es un claro ejemplo del porqué, en el contexto latinoamericano, la literatura escrita por mujeres se encuentra a la vanguardia y acapara las primeras planas.

*Cristina Liceaga*

*Ratones Knockout* nos mantiene atentos, en vilo, desde la primera hasta la última página. Historias que revelan vetas extrañas del mundo. Personajes cuyas pulsiones los vuelven el centro de una tormenta. Hay en estas páginas una escritura de pulso firme que nos invita, en cada cuento, a seguir una pista, hasta desvelar el secreto prometido.

*Luis Jorge Boone*

*Ratones Knockout* es un regalo envenenado: una serie de narraciones durísimas y hermosas a la vez. En ellas todo se tuerce, todo causa dolor, y únicamente los seres inocentes, como un animal indefenso, como una niña, pueden confiarse a “la bondad de la vida”. Peor aún, esas criaturas indefensas son siempre las primeras en caer ante la crueldad humana, que es brutal, incesante, desprovista de sentido. Que se descarga siempre contra quien menos la merece. Como en la realidad, digamos. Y a pesar de todo hay un consuelo en la belleza de su lenguaje: en que el dolor que nos comparte nos hace, aunque sea por un momento, capaces de sentir compasión.

*Alberto Chimal*

The logo for SDC (Sociedad de Escritores de México) is displayed in large, bold, white capital letters.The logo for the 30th anniversary of the U A E M é x (Unión de Escritores de México) is displayed in white. It features the number '30' in a stylized, overlapping font, with 'ANIVERSARIO' and 'U A E M é x' written below it.